

# EL TEATRO.

---

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

---

EL QUE NO LA CORRE ANTES...

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

*Mozz*



MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1865.

# CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

## EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...  
Amor de antaño.  
Abelardo y Eloisa.  
Abnegacion y nobleza.  
Angela.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del alma.  
Amar despues de la muerte.  
Al mejor cazador...  
Achaque quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por señas.  
A falta de pan...  
Artículo por artículo.  
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.  
Boadicea, *drama heroico*.  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenca.  
Barómetro conyugal.  
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.  
Cañizares y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno.  
¡Como se empeñe un marido!  
Con razon y sin razon.  
Cómo se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á cuchilladas.  
Costumbres políticas.  
Contrastes.  
Catilina.  
Carlos IX y los Hugonotes.  
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tío.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Deudas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Los artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos sin padre.  
Dónde menos se piensa...

El amor y la moda.  
¡Está loca!  
En mangas de camisa.  
El que no cae... resbala.  
El niño perdido.  
El querer y el rascar...  
El hombre negro.  
El fin de la novela.  
El filántropo.  
El hijo de tres padres.  
El último vals de Weber.  
El hongo y el miriñaque.  
¡Es una malva!  
Echar por el ataje.

El clavo de los maridos.  
El oncenno no estorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un angel!  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El licenciado Vidriera.  
¡En crisis!  
El Justicia de Aragon.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
El alma del Rey Garcia.  
El afán de tener novio.  
El juicio público.  
El sitio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.  
El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El payaso.  
Este cuarto se alquila.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada día.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes.  
El ciego.  
El protegido de las nubes.  
El marqués y el marquésito.  
El reloj de San Plácido.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estandarte español á las costas africanas.  
El conde de Montecristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.  
El grito de la conciencia.  
¡El autor! ¡El autor!  
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.  
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.  
Genio y figura.

Historia china.  
Hacer cuenta sin la huésped.  
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.  
Indicios vehementes.  
Isabel de Médicis.  
Ilusiones de la vida.  
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.  
Juan sin Tierra.  
Juan sin Pena.  
Jorge el artesano  
Juan Diente.

Los nerviosos.

Los amantes de Chinch  
Lo mejor de los dados...  
Los dos sargentos espa  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de un case  
La hija del rey René.  
Los extremos.  
Los dedos huéspedes.  
Los éxtasis.  
La posdata de una carta.  
La mosquita muerta  
La hidrofobia.  
La cuenta del zapatero.  
Los quid pro quos.  
La Torre de Lóndres.  
Los amantes de Teruel.  
La verdad en el espejo.  
La banda de la Condesa.  
La esposa de Sancho el Br  
La boda de Quevedo.  
La Creacion y el Diluvio.  
La gloria del arte.  
La Gitana de Madrid.  
La Madre de San Fernan  
Las flores de Don Juan.  
Las aparencias.  
Las guceeras civiles.  
Lecciones de amor r.  
Los maridos.  
La lápida mortuoria.  
La bolsa y el bolsillo.  
La libertad de Florencia  
La Archiduguesita.  
La escuela de los amigos  
La escuela de los perdid  
La escala del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La Providencia.  
Los tres banqueros.  
Las huérfanas de la Carl  
La ninfa Iris.  
La dicha en el bien ajeno  
La mujer del pueblo.  
Las bodas de Camacho.  
La cruz del misterio.  
Los pobres de Madrid.  
La planta exótica.  
Las mujeres.  
La union en Africa.  
Las dos Reinas.  
La piedra filosofal.  
La corona de Castilla (alc  
La calle de la Montera.  
Los pecados de los padret  
Los infieles.  
Los moros del Riff.  
La segunda cienienta.  
La peor cuña.  
La choza del almadrero.  
Los patriotas.  
Los lazos del vicio.  
Los molinos de viento.  
La agenda de Correlargo  
La cruz de oro.  
La caja del regimiento.  
Las sisas de mi mujer.  
Llueven hijos  
Las dos madres.

Mi mamá.  
Mal de ojo.  
Mi oso y mi sobrina.  
Martin Zurbano.

# **EL QUE NO LA CORRE ANTES...**

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**DON EMILIO MOZO DE ROSALES.**

Estrenada con aplauso en el teatro de Variedades el 11 de  
Marzo de 1865.

---

**MADRID.**

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

**1865.**

## PERSONAJES.

## ACTORES.

ELISA (25 años).....	D. <sup>a</sup> CÁRMEN BERROBIANCO.
PILAR (17).....	GEEOVÉS.
DOÑA DÁMASA (50)...	D. <sup>a</sup> FELIPA ORGAZ.
PABLO (35).....	SR. OLTRA.
ÁNGEL (30).....	SR. MORALES.
DON MARTIN (50)....	SR. MARTINEZ.
JUAN, criado.....	SR. ZARAGOZANO.

---

La acción pasa en Santander.

---

*La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Guillon, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.*

*Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.*

*El editor se reserva el derecho de traducción.*

*Queda hecho el depósito que marca la ley.*

---

---

## ACTO PRIMERO.

---

Gabinete adornado con elegancia, puerta al fondo y laterales. Al levantarse el telon, Elisa aparece sentada y leyendo. D. Martin sale por el fondo.

### ESCENA PRIMERA.

ELISA, D. MARTIN.

MARTIN. Volvió Ángel.

ELISA. No señor.

MARTIN. Mucho tarda.

ELISA. Bien se encuentra  
en Santander.

MARTIN. Eso dice  
y así es natural que sea.

ELISA. La vista del mar... los buques  
que se marchan y que llegan.

MARTIN. No creo que tenga Ángel  
el corazón de un poeta.

ELISA. Su conversacion al menos...

MARTIN. Harto sé que no lo prueba:  
vástago de comerciantes  
y criado en la trastienda,  
solo se ocupa de números,  
de adquisiciones y ventas.  
Por lo menos... eso dicen...

:

- ELISA. El amor y las empresas  
se avienen tan mal.
- MARTIN. Error.
- ELISA. Si Ángel no tiene ideas,  
si á veces...
- MARTIN. Falta de mundo  
no es falta de inteligencia.  
Ya cambiará con el tiempo.
- ELISA. No: pasa ya de los treinta.
- MARTIN. Pues si á los treinta cumplidos  
se inmuta, vacila y tiembla  
cuando sin razon le lanzas  
una mirada severa,  
si es para el amor un niño,  
y un Cid para la aritmética,  
¿qué mas quieres?
- ELISA. Para esposo  
se necesita...
- MARTIN. Un tronera,  
¿no es cierto? ¡pobres muchachas!  
lo que os falta de prudencia  
os sobra del corazon,  
y el corazon solo inventa  
fantásticos personajes  
y ridículas comedias.
- ELISA. Pero padre...
- MARTIN. Créeme, Elisa,  
aunque don Ángel no tenga  
todas las dotes que exiges,  
te hará feliz.
- ELISA. Dios lo quiera.

## ESCENA II.

DICHOS, DOÑA DÁMASA y PILAR.

- DÁM. Vecino...
- MARTIN. Usted por aqui,  
mi señora doña Dámasa.
- ELISA. ¡Yo te creia en la córte! (Á Pilar.)
- PILAR. Hoy mismo he llegado á cas a  
de mi tia.

MARTIN.

Y la otra tía?

DÁM. No me hable usted de mi hermana,  
(Sentándose.)  
pues según cuenta Pilar  
ha tirado ya la máscara:  
no pierde un baile.

MARTIN.

¡Á sus años?

DÁM. Ni un concierto, está abonada  
á dos teatros; se viste  
con la mayor elegancia;  
tiene un repostero suizo,  
una doncella mulata,  
dos cotorras, un mandril,  
un grun y una americana...

MARTIN. Que tren...

ELISA. No hubiera creído...

MARTIN. Está loca rematada.

Á su edad solo se piensa  
en rezar y en tomar aguas  
minerales. ¿Qué dirán  
las personas timoratas?

PILAR. Que es una mujer de mundo,  
y sobre todo, que marcha  
con el siglo.

DÁM. (Á D. Martin.) ¡Oye usted esto!

ELISA. Voy notando que la estancia  
en Madrid te ha transformado;  
no eres ya la misma.

PILAR. En nada:  
he visto un mundo tan nuevo...  
unos jóvenes...

DÁM. Muchacha!

PILAR. ¿Por qué no he de hacer su elogio?  
saludan con una gracia...  
hablan tan bien...

DÁM. (Qué martirio!)

PILAR. Los pobres no me dejaban  
á sol ni á sombra: Pilar,  
encuentro que está usted pálida.—  
¿Por qué no se rie usted?—  
¿La ofendieron mis palabras?—  
Pilar, no oye usted la orquesta.—

- Pilar una varsoviana.—  
Baila usted como una sílfide.—  
¡Qué pie tan bonito!—
- DÁM. Basta.
- PILAR. —Voy á morir de dolor  
si me mira usted enojada.
- ELISA. ¡Qué ovacion!
- MÁM. ¡Qué desvergüenza!  
y tú tal vez contestabas...
- PILAR. No, señora... sonreía...
- DÁM. Esto ha de ponerme mala.  
(Á D. Martín, que se rie.)
- PILAR. ¿Por qué?—Preguntaban otros  
mirándome y en voz baja:—  
¿en qué piensa su familia?—  
¿por qué razon no la casa?—
- DÁM. ¡Pero, niña!...
- PILAR. Pues ya es tiempo,  
tenerla asi es una lástima.
- DÁM. ¿Se convence usted ahora  
de lo que ha hecho mi hermana?  
(Á D. Martín.)
- MARTIN. Para ella ha sido una suerte...
- DÁM. Y para mí una desgracia.
- PILAR. Está bien. (Siempre lo mismo.)  
¿Conque es cierto que te casas? (Á Elisa.)
- DÁM. Eso nos han dicho. ¿Y quién  
es el futuro?
- PILAR. Una alhaja.  
Estatura regular,  
ojos negros, buena barba.
- DÁM. ¡Pero que has de hablar de todo  
sin saber una palabra!
- PILAR. (Á Elisa.) No me deja abrir la boca.—  
Ven á enseñarme tus galas.  
(Me ha seguido cierto jóven (Ap. á Elisa.)  
lanzándome unas miradas...  
silencio.) Me oirás tocar  
el *bengali*.
- DÁM. ¡Qué chicharra!



### ESCENA III.

D. MARTIN, DOÑA DÁMASA.

MARTIN. Eso es propio de su edad,  
mi señora doña Dámasa.

DÁM. Pero debiera acordarse  
que huérfana y pobre se halla,  
y de que la tengo dicho  
desde su mas tierna infancia  
que no debe dar cabida  
á ideas descabelladas.

MARTIN. Sin embargo...

DÁM. No, señor;  
Pilar está destinada  
á ir á las Huelgas de Búrgos.

MARTIN. ¿Y usted cree que aquella cara  
y aquella imaginacion  
llena de fuego y de gracia  
se avengan con una vida  
silenciosa y retirada?

DÁM. ¿Y usted cree que pueda ahora  
vivir siempre con el alma  
en un hilo, averiguando  
si hay moros ó no en campaña,  
si cierran bien los balcones,  
si son fieles las criadas  
y otras mil cosas impropias  
de una mujer recatada?  
No, señor; allá en las Huelgas  
estará mejor que en casa,  
y yo acabaré mis días  
sin que me incomode nada.

MARTIN. (¡Pobre Pilar!)

DÁM. Necesito  
que me dé usted algunas cartas  
para Búrgos, donde pienso  
estar pasado mañana.

MARTIN. Con mil amores.

DÁM. Y vamos:  
dígame usted dos palabras

sobre su futuro yerno.  
¿Reune?...

MARTIN.                   Cuanto hace falta;  
talento, mucha dulzura  
y una hacienda saneada.  
No ha salido de Rioseco.  
Las reuniones le espantan...  
habla poco, pero en cambio  
es un hombre de confianza.

DÁM.                   Si será; pero aseguran,  
por lo menos en España,  
que *el que no la corre antes...*

MARTIN.               Se equivocan, doña Dámasa;  
los hombres que empiezan mal  
su juventud, mal acaban.

DÁM.                   Se hastian.

MARTIN.               Usted dispense;  
hay cosas que nunca cansan.

DÁM.                   Pero, señor don Martin...

MARTIN.               Pero, señora de mi alma,  
si conoceré yo el mundo.

DÁM.                   Corriente: allá se las haya.  
Quiera Dios que salga todo  
como desea.

MARTIN.               Mil gracias.

DÁM.                   (Este señor se equivoca.)  
¿Y no se halla el novio en casa?

## ESCENA IV.

DICHOS, ANGEL.

MARTIN.               Mírele usted.

ANGEL.               Servidor...

MARTIN.               Nuestra vecina...

ANGEL.               Señora.

(Es la que he seguido ahora,  
¡vióse una suerte peor!)

MARTIN.               (No sé lo que en él advierto...)

DÁM.                   ¿Nuestra poblacion le agrada?

ANGEL.               Mucho; no puede haber nada  
que distraiga como un puerto.

¡Qué animacion! ¡qué correr!  
Y qué ambiente tan distinto  
se aspira en todo el recinto  
del muelle de Santander.  
Aquí un grupo en atalaya  
señala ansioso una vela  
que en el horizonte vuela  
hacia la tranquila playa.  
Allá un marino tostado  
y macizo como un tronco  
cuenta con acento ronco  
las veces que ha naufragado.  
Acullá una madre anciana  
besa el tostado moflete  
de un intrépido grumete  
que parte para la Habana.  
Mira uno con asombro  
ya un negro, ya un cuarteron,  
cuando de pronto un cajon  
desgarra un traje, hunde un hombro;  
temiendo otro choque brusco  
se aparta uno, tropieza  
y aplasta con la cabeza  
un costal de soconusco.  
¡Mas no importa! ¡Qué emociones  
superan á las que siente  
el hombre entre tanta gente  
y entre tantos encontrones?  
¿Qué goce podrá igualar  
al de oír mudo y perplejo  
el ruido del aparejo  
y el oleaje del mar;  
ó mirar la marcha inquieta  
de algun vapor invencible,  
ó la llegada apacible  
de un brik ó de una goleta?  
No sé si en decirlo peco...  
odio mi vida pasada,  
tan monótona y callada,  
tan propia de Rioseco.

DAM.

Pues no es como usted decia  
(Á media voz á Martin en tanto que Angel se pasea

apartado.)  
tiene una imaginacion  
volcánica.

MARTIN. Esa emocion  
es propia del primer dia. (Idem.)

## ESCENA V.

DICHOS, ELISA, PILAR.

PILAR. Tia...

ELISA. }  
ANGEL. } ¡Ah!

DÁM. (Preocupada.) (Malos asuntos  
harán.)

PILAR. (El que me ha seguido.)

ELISA. A decir á usted ha venido (Á Doña Dámasa.)  
que hoy hemos de comer juntos.

PILAR. (Ap. Elisa.) ¿Quién es?

ELISA. (Id.) Mi futuro.

PILAR. (Y yo  
que esperaba...

DÁM. Hoy tengo prisa.

MARTIN. Si uno mi ruego al de Elisa  
no podrá decir que no.

ANGEL. (Mi suegro me compromete.)

DÁM. (Comida mas enojosa.)

ANGEL. (Y me mira... y es preciosa...  
¡ay! ¡Dios! ¡estoy en un brete!)

MARTIN. Que haya un poco de alegria...

DÁM. No he de mostrarme reacia  
ya que perdió, por desgracia,  
cuantos parientes tenia.

MARTIN. Mi pobre hermana...

DÁM. ¿Y su hijo?

MARTIN. Corriendo en pos de aventuras.

DÁM. ¿Siempre?...

MARTIN. Contar sus locuras  
fuera trabajo prolijo.

DÁM. Recuerdo que era un Luzbel;  
que gastaba á troche y moche...

MARTIN. En fin desde *cierta noche*  
nadie ha vuelto á saber de él.

y Dios quiera que la suerte  
no le haga volver: traería  
cual siempre en su compañía  
el desconsuelo ó la muerte.

ELISA. Acaso el tiempo...

MARTIN. No doma  
el tiempo genios así.

(Se abre la puerta con violencia y Pablo aparece en  
en ella.)

## ESCENA VI.

DICHOS, PABLO.

PABLO. Felices.

MARTIN. {

DÁM. {

ELISA. {

MARTIN. {

¡Pablo!! (Momento de silencio)

¡Tú aquí!!

(Pablo baja lentamente.)

ANGEL. (Hablando del ruín de Roma...)

ELISA. ¿Quién podía suponer...

(Con alegría comprimida.)

MARTIN. ¿Eres marino?

PABLO. Mercante.

MARTIN. ¿Y ahora bienes...

PABLO. De Levante

con destino á Santander. (Fuma.)

DÁM. Que humareda... (T. siendo.)

PILAR. (Y es buen mozo.)

PABLO. He dicho al pisar el puerto:  
los que me tienen por muerto  
tal vez me verán con gozo,  
y aquí estoy, pues si la acción  
de los vientos ha curtido  
mi rostro, no ha entumecido  
las fibras del corazón.  
Soy siempre vela que azota  
el turbion de los pesares;  
loco que busca en los mares  
lo que busca la gaviota,  
aire para respirar,

recursos para vivir,  
bordadas que resistir,  
y espacio donde bogar.  
Nunca pregunté con zumba  
al destino que me guía  
en qué lugar abriría  
los cimientos de mi tumba.  
Solo me inquietan los lazos  
de nuestro afecto remoto  
si el tiempo no los ha roto,  
deme usted al punto los brazos.

MARTIN. Tu solicitud es vana,  
porque cuando te contemplo...

ELISA. ¡Padre!... Yo le daré ejemplo...

MARTIN. Tienes razon, por mi hermana.

PABLO. (Á Elisa.) Gracias.

ANGEL. (Á Pablo.) Ángel es mi nombre,  
soy su novio; con mi aprecio  
puede contar.

PABLO. (Vaya un necio.)

Muchas gracias. (Dándole la mano.)

ANGEL. (¡Vaya un hombre!)

PABLO. ¿Y usted sigue con su tren  
de alifafes? (Con naturalidad á Doña Dámasa.)

DÁM. (Qué animal.)

PILAR. Se pone á veces tan mal. .

ANGEL. Pues usted se pone bien. (Á Pilar.)

DÁM. Caballero, ese lenguaje...

PABLO. Es el de abordo.

DÁM. Ya veo...

(Faltaba esto.)

PABLO. Segun creo  
podré traer mi equipaje.

MARTIN. Aquí... (Dadando.)

ELISA. Aquí...

ANGEL. Desde ahora...

MARTIN. (¿Quién le mete en este asunto?)

(Ap. á Angel.)

ELISA. (Es forzoso.) (Á D. Martin )

PABLO. Vuelvo al punto.

Cuídese usted bien, señora. (Á Doña Dámasa.)

## ESCENA VII.

DICHOS, menos PABLO.

- DÁM. Qué pipa y qué olor á brea,  
y que hombre tan poco digno,  
¿cómo tiene usted valor  
de hospedar á ese marino?
- MARTIN. Harto lo siento... pero Ángel...
- ANGEL. Como parece un buen chico...
- MARTIN. Qué disparate.
- PILAR. Es un héroe.
- ANGEL. Si, señor; un Monte-Cristo.
- PILAR. Ni los pesares le abaten  
ni le asustan los peligros.
- ANGEL. Qué han de asustarle.
- PILAR. Yo adoro  
esos hombres de granito.
- DÁM. Quieres callarte, criatura?
- ANGEL. Á mí me pasa lo mismo.
- ELISA. Y á mí.
- MARTIN. Pues voy á decirle  
que cambie de domicilio,  
pues ya veo que á los tres  
os va hacer perder el juicio.
- DÁM. Vaya usted.
- ELISA. De ningun modo;  
pues por graves que hayan sido  
sus faltas, no es conveniente  
que usted le niegue un asilo.  
¡Qué dirían!
- PILAR. (Á Angel.) (Le defiende  
con un calor!...)
- ANGEL. (Idem.) (Es su primo.)
- MARTIN. Manda que arreglen un cuarto.  
(Elisa se marcha.)

ESCENA VIII.

DOÑA DÁMASA, D. MARTIN, PILAR, ÁNGEL.

- DÁM. Yo desapruébo...  
PILAR. Está dicho:  
don Pablo debe quedarse  
en la casa de su tío.  
ANGEL. Eso lo comprende un tonto.  
DÁM. ¿Es alusion?  
ANGEL. No he querido...  
(Esta señora es mas ágría,  
que la corteza de un níspero.)  
MARTIN. Podemos ir escribiendo (Á Doña Dámasa.)  
las cartas que me ha pèdido  
para Burgos.  
PILAR. ¡Para Burgos!  
DÁM. ¿Á qué viene ese suspiro?  
no está convenido acaso...  
PILAR. Si, tia; está convenido.  
MARTIN. (No será malo que dé  
un buen consejo á este chico.)  
(Llevándose aparte.)  
DÁM. Debo prevenirla en caso...  
(Llevándose aparte á Pilar..)  
MARTIN. Por Dios, no te hagas amigo  
de Pablo, porque... (Le habla.)  
DÁM. No quiero  
que hables con ese marino.  
MARTIN. Y como un loco hace ciento...  
PILAR. No es mi genio tan arisco...  
MARTIN. Confío en tu discrecion.  
DÁM. Conque Pilar, cuidadito.  
Vamos? (Á Martin.)  
MARTIN. Estoy á sus órdenes.  
DÁM. Ni siquiera un monosílabo.  
(Volviendo á Pilar.)



## ESCENA IX.

ÁNGEL, PILAR.

PILAR. No vi tal miedo jamás.

ANGEL. ¿Dónde estan los hombres buenos si este?...

PILAR. No le tendré en menos.

ANGEL. Yo le tendré en mucho mas.

PILAR. Podrá causarnos temor ya una sombra, ya un insecto, no un hombre cuyo defecto consiste en tener valor.

ANGEL. Pues, su denuedo es notorio.

PILAR. Por eso tan solo inspira interés... encanta... admira.

ANGEL. (¡Quién fuera un don Juan Tenorio!)

PILAR. No me hable usted de un muñeco ajeno al mundo y al ruido.

ANGEL. Qué he de hablar. (Yo no he salido de la villa de Rioseco.)

PILAR. ¡Qué mujer en su memoria archivará entusiasmada una página arrancada de su insustancial historia!

ANGEL. Me crispa el oscurantismo que encuentro aqui desde ayer.

PILAR. Tambien á mí.

ANGEL. (¡Qué placer! pensamos los dos lo mismo.)

¿Por qué basar la virtud que tanto el vulgo remonta en una obediencia tonta, en una necia quietud?

¿No es arrastrar por el lodo la autonomia, decir:

de tal modo has de vivir, te has de casar de tal modo?

PILAR. Si señor; pues como es justo la mujer de buen sentido quiere elegir.

ANGEL. Y el marido  
quiere casarse á su gusto.

PILAR. Á veces... buscando mal  
se halla un novio inteligente...  
amable...

ANGEL. Precisamente,  
da tino con su ideal.

PILAR. Y cuando dos almas son  
hermanas...

ANGEL. Quien las desune...

PILAR. Ó un sacerdote las une...

ANGEL. Ó hay al punto una explosion.

PILAR. Si señor, un cataclismo.

ANGEL. Pero natural y justo.

PILAR. ¡Pues no ha de serlo!

ANGEL. (¡Qué gusto!  
pensamos siempre lo mismo!)

## ESCENA X.

DICHOS, PABLO á dos marineros que atraviesan el forillo con  
equipajes.

PABLO. Adentro, adentro.

ANGEL. ¡Ola! Pablo.

PABLO. ¿Qué tal sigue ese valor?  
futuro pariente!

ANGEL. Hablaba  
de usted ahora.

PILAR. Tambien yo.

PABLO. Gracias.

ANGEL. Su presencia aqui...

PABLO. Recuerda la de un alcon  
entre un bando de palomas.

ANGEL. Usted inspira buen humor.

PABLO. Es que yo guardo las penas  
dentro de mi corazon  
para que nadie las cuente.  
¿Con qué objeto? Ayer como hoy  
lo que mas hastia al hombre  
es el ajeno dolor.

ANGEL. Pues su rostro no demuestra...

- PABLO. Porque lo ha curtido el sol;  
aunque así no fuera, el rostro  
es la careta mejor.
- ANGEL. ¡Que filósofo! (Ap. á Pilar.) ¡Ay! amigo,  
se queja usted sin razon.  
Usté al menos ha viajado,  
ha visto hombres de color,  
se ha encontrado en aventuras  
dignas del capitan Kook.
- PABLO. Eso sí, tan pronto haciendo  
negocios en Mogador,  
como cambiando andanadas  
con un corsario veloz;  
ya declamando á una armenia  
mi volcánica pasion,  
ó ya en medio del desierto  
que la Biblia engrandeci6,  
buscando inquieto las huellas  
de Moisés y de Jacob;  
aquí saludando á Tebas,  
allá llorando á Sion,  
en una flor admirando  
las galas del Ecuador,  
ó en la márgen del Mar-Muerto  
viendo el enojo de Dios,  
ya en compañía de un príncipe,  
ya solo y sin proteccion,  
he rodado cual la piedra  
que el torrente destructor  
va llevando entre las aguas  
de su corriente veloz.
- ANGEL. ¡Y se queja usted aun!  
Cuánto no daria yo  
por haber visto siquiera  
el Sinaï, el Tabor,  
el Eufrates...
- PABLO. (Está loco?...)
- PILAR. ¡Con qué profunda atencion  
se escucharían sus viajes!
- PABLO. Seria usted una figura  
gigantesca, en tanto que hoy  
solo es un pigmeo.

ANGEL. ¡Oh! ¡rabia!  
PABLO. Diré á ustedes...  
ANGEL. Si, señor;  
soy un pigmeo á su lado;  
me lo dice mi razon.  
En tanto que usted viajaba  
desde Berin al Ferrol,  
allá en la trastienda oscura  
de un oscuro poblachon,  
pária vestido de hortera  
cuentas ajustaba yo,  
sin preever que destruian  
las cuentas mi inspiracion,  
como destruye la abeja  
el perfume de una flor.  
PABLO. (¡Pobre Elisa!)  
PILAR. (Pobre jóven,  
casarle ahora, ¡qué horror!  
hubiera sido un prodigio.)  
ANGEL. ¡Suerte cruel! Solo Dios  
sabe el odio que profeso  
á la patria que me vió  
andar como una tortuga  
y vivir como un huron.

## ESCENA XI.

DICHOS, ELISA.

ELISA. ¡Es posible!  
ANGEL. (Ábrete, abismo.)  
PILAR. ¿Á quién no gusta viajar?  
dice muy bien.  
ANGEL. Yo y Pilar  
pensamos siempre lo mismo.  
ELISA. Encuentro poco cortés...  
En Rioseco nació,  
y no debe...  
ANGEL. Usted y yo  
pensamos siempre al revés.  
ELISA. Cómo ha de hallarse entre el ruido  
del mundo, la dulce calma

que alegre disfruta el alma  
allí donde hemos nacido?  
No hay nada por ser ya viejo  
ajeno á nuestra memoria,  
esto recuerda una historia,  
aquello nos da un consejo.  
El labriego de faz ruda,  
al vernos sonrie ufano,  
otro nos tiende su mano,  
el de mas allá saluda.  
Un anciano con cariño  
al suave amor de la lumbre,  
nos refiere por costumbre  
nuestras locuras de niño,  
y algun niño enredador  
que la mercurial se aplica,  
en otro rincon critica  
al antiguo historiador.  
Si salimos, aqui ostenta  
su copa un árbol tranquilo,  
que nos ofreció un asilo  
al empezar la tormenta.  
Allá una cruz solitaria  
y perdida en la espesura,  
nos recuerda la ternura  
de una primera plegaria.  
Mas allá, en fin, protegido  
por un muro blanqueado,  
guarda un terreno sagrado  
los deudos que hemos perdido.  
Si entramos en nuestro hogar  
hallamos un ser que aguarda...  
un padre viejo á quien tarda  
el podernos abrazar...  
Y aquel profundo cariño  
que su faz publica á voces  
es el mayor de los goces  
que sabe ofrecer el mundo.

ANGEL. Si, pero...

PABLO. (Muy conmovido.) Tiene razon,  
y el que en esto no conviene  
es un buque que no tiene

ni brújula ni timon.  
¿Qué corazón está mudo  
ante la imagen querida?...  
Hay recuerdos en la vida  
que son un puñal agudo.  
Fue tu bosquejo tan bueno...  
que me sentí zozobrar

ELISA.

¡Pablo!...

PABLO.

Fue un golpe de mar,  
no temas, ya estoy sereno.

PILAR.

Lo celebros... y ya que pasa  
la nube, no acabe el día  
en la inacción.

PABLO.

Alegria  
hasta que se hunda la casa.

ANGEL.

Pues no habrá quien nos ataje;  
estoy hecho un polvorin,  
un torbellino.

ELISA.

Al jardín...

PILAR.

Al salón.

PABLO.

Al abordaje.

(Indicación por todos de marcharse.)

## ESCENA XII.

DICHOS, DOÑA DÁMASA

DÁM. Alto.

PABLO.

(Ya pareció aquello.)

DÁM.

Antes de que den las cuatro,  
que es la hora de la comida,  
vámonos á ver á un santo  
varon, que fue capellán  
de las Huelgas.

PILAR.

Si está malo.

DÁM.

Él nos dirá...

PILAR.

Si no habla.

DÁM.

Al oír...

PILAR.

Si se ha quedado  
sordo como un marmolillo.

ANGEL.

No está ahora para encargos.

PABLO.

Qué ha de estar, si antes de vísperas

le llevan al campo santo.  
DÁM. Pasaron los inocentes.  
PABLO. Debe hacer bastantes años.  
PILAR. Si no me deja vivir.  
(Á Elisa, que la acompaña por el forillo.)  
ELISA. Hay que conformarse... (Idem.)  
DÁM. Vamos.  
PABLO. Lástima que en estos mares  
no se cacen focas.  
DÁM. ¡Vándalo!

### ESCENA XIII.

ANGEL, PABLO.

ANGEL. Ya se nos ahogó la fiesta.  
PABLO. Si, señor; encalló el barco.  
ANGEL. Martirizar á una niña  
tan dócil!...  
PABLO. Es un pecado.  
ANGEL. ¡Qué Pilar! amigo mio;  
¡qué Pilar!  
PABLO. La elogia en vano,  
pues la dulzura de Elisa...  
(Se pasea preocupado.)  
ANGEL. ¿Reparó usted en sus labios?  
Aquellas sonrisas matan. (Idem.)  
PABLO. Cuanto dice es digno, es santo...  
ANGEL. ¿Cómo sufrir junto á ella?  
PABLO. ¿Quién no es crédulo á su lado?  
ANGEL. Su gracia es un elixir.  
PABLO. Y sus palabras un bálsamo.  
ANGEL. ¡Qué chispa aquella!  
PABLO. ¡Qué aplomo!  
ANGEL. Mas... ¿de quién habla usted?  
PABLO. Hablo  
de Elisa.  
ANGEL. Y yo de Pilar.  
PABLO. Pues no hay punto de contacto.  
Pilar es una goleta  
mal guindada; y si es el casco...  
ANGEL. No hablamos aqui de buques...

- PABLO. Ya la he conocido el flaco;  
créame usted, Angelito,  
hay barruntos de naufragio...  
ANGEL. Pues yo voy á convencerle...  
(Cogiendo una silla para sentarse.)  
PABLO. Y yo á probarle en el acto...

## ESCENA XIV.

DICHOS, D. MARTIN.

- MARTIN. Angel.  
ANGEL. (Jesus, qué martirio!)  
MARTIN. Entra al punto en el despacho.  
ANGEL. Estoy ocupado ahora...  
(Volviendo á coger la silla para sentarse.)  
MARTIN. ¿Y las cartas de Bilbao?  
ANGEL. Voy á concluir... (Idem.)  
MARTIN. ¿Y el giro  
para Medina del Campo?  
ANGEL. Si le digo á usted...  
MARTIN. Las cartas  
no pueden sufrir retraso.  
ANGEL. Don Martin.  
MARTIN. Voy por las letras.  
ANGEL. Don Martin.  
MARTIN. Vuelvo en el acto.  
(Sale por el fondo )  
ANGEL. No me escucha... si esto sigue  
rompo con él y me marchó.  
PABLO. ¿Qué dice usted?  
ANGEL. Yo me entiendo:  
aunque sufrido, no tanto. (Se marcha.)  
PABLO. Segun voy viendo hasta ahora  
está muy revuelto el charco.



ESCENA XV.

PABLO, ELISA.

ELISA. ¿Y Angel?

PABLO. En el escritorio  
ha entrado en este momento  
con mas asco y mas tormento  
que ánima en el purgatorio.

ELISA. ¿Y á qué lo atribuyes, Pablo?

PABLO. Á que tu novio es un hombre  
que tiene cambiado el nombre;  
debiera llamarse diablo  
en vez de Angel. Infero  
que nuevos proyectos fragua.

ELISA. No atino...

PABLO. El buque hará agua  
al salir del astillero.

ELISA. Yo no puedo creer...

PABLO. La lona  
manda en tu buque aferrar,  
y déjale navegar  
desde una zona á otra zona,  
pues ni aqui, ni en el Perú,  
ni en cuanto el deseo alcanza,  
ha de encontrar su esperanza  
mujer mas bella que tú.

ELISA. Calla por Dios.

PABLO. Ay, Elisa,  
despues de tanta tormenta  
déjame que aspire y sienta  
una cariñosa brisa.  
Eres el único ser  
que no puede odiarme.

ELISA. (Conteniéndose) ¡Odiarte!...

PABLO. Lo sé: por eso al mirarte  
siento yo tanto placer.  
Tu voz mi rencor amansa;  
nunca de oírte estoy harto...  
jamás...

## ESCENA XVI.

DICHOS, D. MARTIN, con papeles en la mano.

MARTIN.                   Allí está tu cuarto,  
descansa. (Le indica el foro derecha.)

PABLO.                    Tío...

MARTIN.                   Descansa...

(Pablo se queda mirando desde la puerta del foro.)

(El diablo le trajo aquí;  
pero me hallo entre los dos.)

(Mirando á su hija desde la puerta del despacho.)

ELISA.                   (Dejándose caer sobre una silla.)  
Amaba á ese hombre... y Dios  
le ha separado de mí.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

ELISA, PILAR entrando por el foro.

PILAR. Estás mala?

ELISA. Me entristece  
ese cúmulo de historias  
que cuenta Pablo.

PILAR. Pues Pablo  
las refiere y las adorna  
de tal modo, que ni vistas  
conmovieran tanto. Todas  
revelan una alma grande,  
brava, noble, generosa...  
Ángel y yo le escuchábamos  
con una paciencia...

ELISA. Estóica,  
bien os he visto, y no obstante,  
en sus palabras rebosa  
un pesar que se transmite,  
que oprime el alma, que ahoga...

PILAR. ¿Habría amado?

ELISA. Así lo creo.

PILAR. ¡Y conociste á su novia!

- ELISA. Fué mi amiga de la infancia.  
PILAR. ¡Era... bonita!  
ELISA. Era hermosa.  
PILAR. Dime algo mas...  
ELISA. Otro dia.  
PILAR. Por Dios, cuéntame esa historia.  
ELISA. Te entristecerá.  
PILAR. Por eso  
deseo saberla ahora.  
Amor que empieza en la calle  
y que acaba en la parroquia,  
ni para contado es bueno;  
pero el que lucha con loca  
temeridad; el que vive  
en solitarias mazmorras,  
ó bien en desiertos campos,  
deleita, conmueve, asombra.  
Siéntate pues, y dispénsame  
el que sea tan curiosa.

## ESCENA II.

DICHOS, ÁNGEL.

- ANGEL. Doña Dámasa ha impedido  
que terminara: ¡ya es obra!  
se pone mala cuando oye  
aventuras peligrosas.  
PILAR. ¿Qué ha sido ello?  
ANGEL. Que Pablo  
recorria una colonia  
africana con dos árabes  
de fidelidad dudosa;  
harto de pisar arenas,  
ahogado por una atmósfera  
insoportable, hizo alto  
al pie de un grupo de rocas  
graníticas; el cansancio  
de una jornada enojosa,  
fué en sueño dulce y tranquilo  
convirtiendo su zozobra.  
Cuando despertó, la noche  
cubria triste y medrosa

aquel desierto; los árabes,  
para aplacar á Mahoma,  
habian huido llevándose  
montura, equipaje y bolsa...

PILAR. ¡Miserables!

ANGEL. Por fortuna  
le quedaban dos pistolas;  
con ellas y con su arrojo  
empezó á cruzar las sombras.  
De pronto se oye el rugido  
de un leon, y dos antorchas  
fosforescentes indican  
que viene la fiera indómita.

PILAR. Á que hubiera usted querido  
hallarse allí.

ANGEL. No señora...  
es decir... á media legua...  
pero volviendo á mi historia:  
Pablo imitando á Gerar  
prepara sus armas, dobla  
la rodilla y sin moverse  
aguarda á la fiera...

PILAR. ¡Hermosa  
situacion!

ANGEL. Aquella ruge,  
se acuesta en el polvo, azota  
y despedaza la arena  
con su garra poderosa;  
en fin, cuando va á lanzarse  
sobre Pablo... se acongoja  
su tia de usted y vierte  
dos cremas y tres compotas.

PILAR. Ay, ¡Dios mio! voy volando...

ELISA. Sales hay sobre mi cómoda.

### ESCENA III.

DICHOS, PABLO, despues D. MARTIN.

PABLO. Con mi pipa la he devuelto  
el uso de la palabra;  
ya está buena.

PILAR. ¿Con la pipa?  
PABLO. Su olor resucita y mata.  
MARTIN. Tu tia desea hablarte.  
(Pilar se marcha.)

### ESCENA IV.

DICHOS, menos PILAR.

PABLO. ¡Qué señora doña Dámasa!  
En el mar hay arrecifes,  
tintoreras y borrascas,  
pero no tias incómodas.  
Todas tienen miedo al agua.

MARTIN. Como tú has vivido siempre  
sin lazo alguno... sin ramas...  
desconoces la familia.

ANGEL. Es que hay muchas que empalagan.  
(Encendiendo un cigarro.)

MARTIN. La frase es dura.

ANGEL. Y tan dura;  
pero está bien aplicada.

MARTIN. Angel.

PABLO. (Sentándose.) (El novio se porta.)

ANGEL. Don Martin, los hechos hablan.  
No hay un hijo de familia  
que pueda extender sus alas  
con libertad. Si entró tarde,  
si salió muy de mañana,  
si saludó á la doncella,  
si se distrajo en las máscaras,  
si tosió al amanecer,  
si tiene la voz tomada,  
todo el mundo le interroga  
y le sondea y le cansa;  
el padre frunce las cejas,  
la abuelita vierte lágrimas,  
el médico se estremece,  
cuchichea la criada,  
y padre, criada y médico  
redoblan su vigilancia.

MARTIN. Bien, Angel, bien; se conoce

que te gusta mi Peralta. (Riendo.)  
ANGEL. Puede usted creer...

MARTIN. Te permito  
que desbarres á tus anchas,  
que echés por los cerros de Úbeda.

ANGEL. Don Martin...

MARTIN. ¿Á qué no hablabas  
de esa manera á tu novia?  
En brazos de la esperanza,  
los dos jóvenes y ricos,  
crédula y tranquila el alma,  
cien proyectos de ventura  
para el porvenir formabais.

PABLO. (¡Pobre señor!)

ANGEL. No por cierto.

MARTIN. Me lo dicen vuestras caras,  
vuestra emocion...

ELISA. Pero, padre...

MARTIN. Eso tampoco me extraña,  
que tambien formé proyectos  
con tu madre que Dios haya;  
pero en fin, no os apureis,  
porque dispuesta la casa  
y evacuadas las primeras  
diligencias eclesiásticas,  
creo que podreis casaros  
mañana mismo.

ANGEL. ¡Mañana!

no me parece prudente.

MARTIN. Ya sabes que á bodas largas...

ELISA. Yo no he convidado á nadie.

MARTIN. Pues escribé sin tardanza  
á las personas que quieras;  
te doy facultades amplias.

ANGEL. Aun no han traido los trajes  
que mandé hacer...

MARTIN. Quién repara...

ANGEL. Pero, señor, es posible...

MARTIN. ¿Qué es eso? vuelve el Peralta...  
Mira, haces reir á Pablo.

ANGEL. Como que usted me rebaja  
á sus ojos.

MARTIN. (Con dignidad.) Á sus ojos  
cuanto hago por tí, me ensalza,  
pues le recuerda una madre  
que con ternura extremada,  
allá en tiempos mas felices,  
le amó tambien: por desgracia  
murió sin que floreciesen  
sus mejores esperanzas.  
Entre mis papeles creo  
que guardo su última carta.

PABLO. Búsquemela usted.

(Levantándose y con mucha emocion.)

MARTIN. Hoy mismo.

PABLO. Será una herencia sagrada.

ELISA. ¿Por qué has de leer...

PABLO. Porque hay penas

que purifican el alma.

Hasta luego: necesito

pasearme por la playa.

## ESCENA V.

DICHOS menos PABLO.

ELISA. Á qué viene entristecerle...

ANGEL. ¿Quién no ha cometido faltas?

MARTIN. Todos; pero unas se olvidan  
y otra son como las plantas;  
que echan mas hondas raices  
cuando estan mas enterradas.

Pero dejemos á Pablo

y empieza á escribir tus cartas

de convite. Voy á ver

qué es lo que hace doña Dámasa.

ANGEL. Espere usted, Elisita...

Don Martin cuatro palabras.

MARTIN. No te detengas. (Elisa se marcha.)



ESCENA VI.

D. MARTIN, ÁNGEL.

MARTIN. ¿Qué es ello?

ÁNGEL. (No hay remedio; pecho al agua.)  
Don Martin, el lance es grave...  
No he salido de mi casa,  
no conozco el mundo, y temo  
cometer por ignorancia  
una locura...

MARTIN. Pero Angel,  
¿qué tienes hoy? ¿qué te pasa?

ÁNGEL. ¿No seria conveniente  
que fuéramos dando largas  
á mi boda?

MARTIN. ¿Y para qué?

ÁNGEL. Creo que Elisa no me ama.

MARTIN. Pues señor, franqueza exijo  
ya que de franquezas hablas,  
¿eres tú el que no la quieres?

ÁNGEL. Lo que es yo... con toda el alma...

MARTIN. Pues á qué vienes entonces  
con repulgos de empanada.

ÁNGEL. Pero si hay dificultades...

MARTIN. El tiempo todo lo allana.

ÁNGEL. Á veces no simpatizan  
los genios.

MARTIN. Los genios cambian.

ÁNGEL. Y si despues ..

MARTIN. Habrá vástagos...

ÁNGEL. Nos horrorizan...

MARTIN. Sus gracias...

ÁNGEL. Los lazos...

MARTIN. De regocijo  
llenarán vuestras dos almas.

ÁNGEL. La libertad...

MARTIN. ¿Quién te impide  
que la tengas en tu casa?

ÁNGEL. Pero si esclavo me encuentro...

MARTIN. No hay esclavos en España.

- ANGEL. Con que persiste... (Con dulzura.)  
MARTIN. Persisto.  
(Dáudole una palmadita en el hombro.)  
ANGEL. ¿Y he de casarme?...  
MARTIN. Mañana.  
ANGEL. Piénselo usted bien...  
MARTIN. Es cosa  
que tengo ya muy pensada.  
ANGEL. Pues yo creo...  
MARTIN. ¡Jesus, hombre!  
tanta reflexion me cansa.  
Respondo de los perjuicios. (Se marcha.)  
ANGEL. Yo no respondo de nada.

## ESCENA VII.

DOÑA DÁMASA, PILAR, ÁNGEL.

- DÁM. ¡Conque no ha de pasar día  
sin que violes nuestros pactos,  
sin que apellides mis actos  
riqueza de tiranía!  
ANGEL. (Otra víctima.)  
DÁM. Si azote  
es mi genio, ¿por qué buena  
procuro aliviar tu pena  
regalándote una dote?  
PILAR. En el siglo fuera leve  
para mí toda amargura,  
pero en el claustro...  
DÁM. ¡Se apura  
por el siglo diez y nueve!  
Siglo sin dicha y sin calma  
en que el hombre de mas brillo  
guarda el alma en el bolsillo  
ó el bolsillo allá en el alma.  
ANGEL. ¿Y destina á la clausura?...  
PILAR. Si señor.  
DÁM. Ya está dispuesto  
cuanto hace falta, por esto  
se acóngoja.  
ANGEL. ¡Qué locura!  
DÁM. Inmensa, mas quiso el diablo

que fuera á Madrid, que suelta  
andubiese y que á la vuelta  
se encontrase aqui con Pablo;  
allá un cuento, acá una broma;  
ya un rigodon, ya un cumplido  
insidioso han convertido  
en alcotan la paloma;  
pero cortaré por malas,  
ya que tal guerra me dan,  
las uñas al alcotan  
y á la paloma las alas.

ANGEL. Señora...

DÁM. Sabe harto bien  
que nunca cedo á un capricho;  
há de hacerse lo que he dicho,  
lo que está dispuesto.

PILAR. Amen.

DÁM. Sola con usted la dejo.

ANGEL. ¡Conmigo!

DÁM. Al jardin me voy,  
y al irme segura estoy  
que sabrá darla un consejo.

ANGEL. Usted me honra por demas...

pero soy tan poco ducho...

DÁM. Angel, usted vale mucho.

(Con intencion marchándose.)

ANGEL. (Está dada á Barrabás.)

## ESCENA VIII.

ÁNGEL, PILAR.

PILAR. ¿Conque usted enseñarme debe

(Con coqueteria.)

la senda de mi calvario?

ANGEL. ¿Yo, Pilar?...

PILAR. Si es necesario  
procure usted ser muy breve.

ANGEL. ¡Á mí, que maldigo el yugo

que mi porvenir amaga!

á mí! me piden que haga

el oficio de verdugo.

PILAR. Yo sé que si doy un paso  
hacia el claustro, en el camino  
me quedo.

ANGEL. Pues yo adivino  
que muero al mes si me caso.

PILAR. Nada impide que recobre  
su independencia de ayer;  
pero yo no, soy mujer  
y además huérfana y pobre,  
de modo que un noble celo  
pone con saber profundo  
entre mis ojos y el mundo  
los anchos pliegues de un velo.

ANGEL. (Esto parte el corazón.)  
Aunque sus deudos no cedan  
respíre usted, pues la quedan  
mi afecto y mi protección.

PILAR. En vano...

ANGEL. Ya que infelices  
nos hizo un injusto fallo,  
reanimen un solo tallo  
nuestras dos mustias raíces.

PILAR. Cuanto dice usted me admira...

ANGEL. No comprende mi tormento...  
no adivina el sentimiento  
indecible que me inspira.

PILAR. Cállese usted por favor.

ANGEL. Por más que me mire absorta,  
ya mi pecho no soporta  
la intensidad de este amor...

PILAR. No sea usted temerario.

ANGEL. Pilar!...

PILAR. Su empeño me arredra.  
Calle usted ..

ANGEL. Yo era la piedra,  
usted el hábil lapidario,  
y tan bueno fué el martillo  
de sus ojos, que al momento  
dió á su fondo sentimiento  
y á su superficie brillo;  
de modo que el comerciante  
ayer temeroso y blando,

es hoy un Cid, un Orlando,  
un prototipo de amante.

PILAR. ¿Y Elisa?

ANGEL. Sé que es muy bella,  
mas sin razon conocida,  
me desprecia, y yo mi vida  
nunca he de enlazar con ella.

PILAR. No debo á su casamiento  
oponerme...

ANGEL. ¿Cómo?

PILAR. En vano  
suplica.

ANGEL. ¿Con que mi mano  
la asusta mas que el convento?

PILAR. Se engaña, y Dios es testigo  
de que no tengo ni asomo  
de rencor.

ANGEL. Entonces ¿cómo  
me aprecia?

PILAR. Como á un amigo:  
mas no refiera.

ANGEL. Jamás...

¿Y en apreciarme halla encanto?

PILAR. No me pregunte usted tanto. (Bajando los ojos.)

ANGEL. Añada usted algo mas.

PILAR. ¡Qué manía!

ANGEL. Es un capricho.

¿Siente usted al verme?...

PILAR. Rubor...

y alegría...

ANGEL. Eso es amor.

PILAR. Qué locura.

ANGEL. Usted lo ha dicho.

PILAR. (Muerta estoy...)

ANGEL. Y ya presiento  
en estos dulces instantes,  
que á todo accederé antes  
que en dejarla ir al convento.

PILAR. ¿Pero qué hacer?

ANGEL. No adivino  
cómo salir del apuro,  
mas tenga usted por seguro

- que Dios abrirá camino.  
PILAR. No abuse de mi confianza.  
ANGEL. Por esos ojos tan bellos  
juro... (Besa una mano de Pilar.)  
PILAR. ¡Ángel!!  
ANGEL. Pongo sellos  
á nuestra nueva alianza.  
PILAR. Suélteme usted.  
ANGEL. Se abriría  
siendo los sellos escasos,  
duplicaré...  
PILAR. Se oyen pasos...  
ANGEL. El último ya.  
PILAR. (Huyendo.) Mi tia.

## ESCENA IX.

DOÑA DÁMASA, ÁNGEL.

- DÁM. ¿Qué tal?  
ANGEL. Preparada queda.  
DÁM. ¿Escuchó sus reflexiones?  
ANGEL. Con otro par de lecciones  
se pondrá como una seda.  
DÁM. Cuesta ablandar una roca;  
mas como lo dije, es ducho,  
prudente, juicioso...  
ANGEL. Mucho.  
(Esta señora está loca.)  
DÁM. En fin, su eficacia alabo.  
ANGEL. (No sé como ahogar la risa.)  
DÁM. ¿Pilar?...  
ANGEL. Está con Elisa.  
DÁM. Voy á remachar el clavo.  
ANGEL. Inútilmente se afana  
puesto que el juicio recobra.  
DÁM. Por eso, acabo su obra,  
y nos marchamos mañana.

## ESCENA X.

ÁNGEL, despues PABLO.

- ANGEL. ¡Mañana! Es indispensable  
que corra al momento en busca  
de un mediador, de un tercero  
que en pró de mi causa arguya.  
Á tiempo llega.
- PABLO. Me hastio  
en todas partes.
- ANGEL. Hay dudas...  
hay compromisos que exigen  
un buen consejo.
- PABLO. Yo nunca  
supe darlos.
- ANGEL. Su franqueza  
y su carácter me gustan;  
ademas, es veterano  
y yo inexperto recluta.  
Con que me hará un gran servicio  
si me protege y me escucha:  
yo no pensaba en casarme  
sino en labrar mi fortuna,  
cuando su apreciable tio  
me propuso una coyunda.  
Los consejos de mi padre  
por un lado, y la pintura  
que hizo don Martin en casa  
de mi cónyuge presunta  
me decidieron; llegué...
- PABLO. Y ni su novia le gusta  
como esperaba, ni Elisa  
le encuentra á bastante altura.
- ANGEL. Por desgracia; mas no es este  
el origen de mi angustia.  
Señor don Pablo, aqui mismo  
se encuentra una criatura  
que me inspira una pasion  
tan tierna como profunda.
- PABLO. La goleta.

- ANGEL. Es mi embeleso.
- PABLO. ¿Y ha respondido?...
- ANGEL. Sin duda.
- PABLO. ¿Y en su matrícula fia?
- ANGEL. Me hace usted unas preguntas...
- PABLO. En fin... ¿desea embarcarse?
- ANGEL. Aunque el universo cruja.
- PABLO. Pues amigo, me parece  
que no-hallará lo que busca,  
porque el buque va sin lastre  
y usted camina sin brújula.
- ANGEL. Su experiencia y sus consejos  
me sacarán con fortuna.
- PABLO. Se mete usted en un golfo  
del cual no se sale nunca.
- ANGEL. No importa; hable usted á su tío  
y convenza á mi futura,  
pues queriéndome Pilar  
lo demas poco me asusta.
- PABLO. Está bien, y sin embargo  
casi parece una burla  
que sea yo. . yo el proscrito...  
yo á quien desprecian sin duda...
- ANGEL. Mucho me aflige...
- PABLO. Es la suerte;  
usted no, la suerte injusta  
que niega á unos lo que otros  
huellan con su planta impura.
- ANGEL. No piense usted que desprecio...
- PABLO. ¡Despreciar á Elisa!
- ANGEL. Nunca...
- PABLO. No puede usted comprenderla  
y eso solo le disculpa.
- ANGEL. Demuestra usted un afecto...
- PABLO. Por la mano que rehusa,  
con el mar embravecido  
viviera en perpétua lucha.  
¿Qué importa que el viento zumbe  
ni que el aparejo cruja,  
sí cual iris de bonanza  
la imágen que el alma busca  
aplaca el viento, y disipa



- en lontananza las brumas?  
ANGEL. Pues cediendo yo, ¿qué estorbo?...  
PABLO. No basta amar con locura,  
es preciso ser amado,  
y yo no lo seré nunca,  
pues si alguna mujer trata  
de destruir la clausura  
de mi corazon, tropieza  
con los bordes de una tumba.  
ANGEL. (¡Qué gran historia! Este hombre  
es la encina y yo la oruga.)  
PABLO. En fin, solo por Elisa  
romperé sus ligaduras,  
mas cuando en el oceano  
de sus quimeras, se hunda  
cual sol que corre á su ocaso  
la antorcha que le deslumbra,  
no culpe usted mi amistad  
ni mi fraternal ayuda.  
ANGEL. Pablo, jamás.  
PABLO. Está bien.  
ANGEL. Pero esto exige premura.  
PABLO. Voy á decir á mi tio  
que le extienda la absoluta.

## ESCENA XI.

ANGEL.

¡Y hay en casa quien se asombre  
porque ha dado una caida!  
Aunque me cueste la vida  
yo seré como ese hombre.  
Intrépido, noble, fiel.  
El cielo me lo envió:  
¿cómo han de decir que no  
queriendo apoyarnos él?  
Al contemplarnos de hinojos  
pidiendo perdon, los brazos  
serán cariñosos lazos  
y claras fuentes los ojos.  
¡Qué cuadro! Ya en él agota

su gracia el arte; quisiera  
que su aparato trajera  
un fotógrafo de nota.

## ESCENA XII.

ANGEL, ELISA, PILAR.

ELISA. ¿Quiére usted leer esta lista?  
ANGEL. Yo creo que no es urgente.  
PILAR. Si hubiese un inconveniente...  
ANGEL. Si faltara la modista...  
ELISA. Ruego á usted...  
ANGEL. (No le hace mella.)  
(Guardándose la lista.)  
La leeré por don Martin.  
(Baje usted pronto al jardin,  
pues tengo que hablar con ella.)  
(Ap. á Pilar.)

## ESCENA XIII.

ELISA, PILAR.

PILAR. ¿Pero amas á tu futuro?  
ELISA. Le aprecio.  
PILAR. Y basta apreciarse...  
ELISA. Cuando es preciso casarse  
sobra ese dato inseguro;  
pues la costumbre y la edad  
doman el corazon loco  
y transforman poco á poco  
el aprecio en amistad.  
PILAR. Mas tu suerte ante la luz  
de la razon, ¿no te aterra?  
ELISA. Las dos, Pilar, en la tierra  
tenemos que llevar cruz.  
Tú en la vivienda callada  
de un apacible convento,  
y yo de mi casamiento  
por la pendiente escarpada.

Tú velando por un nombre,  
y yo velando por dos.  
Tú sierva humilde de Dios,  
yo esclava triste de un hombre  
Tú á Dios con rezos prolijos  
implorando por el mundo,  
y yo con dolor profundo  
pidiendo á Dios por mis hijos.  
Tú siempre animosa y fuerte,  
yo tal vez siempre afligida,  
tú marchando hácia la vida,  
yo caminando á la muerte.  
Tú llevándotelo todo;  
y yo sin llevarme nada,  
tú querida, yo olvidada,  
tú en el cielo, yo en el lodo.  
Conque contempla á la luz  
de la razon que nos guia,  
si comparada á la mia  
no es mas hermosa tu cruz.

PILAR. No niego su bondad suma,  
pero veo con asombro,  
que antes de tocar mi hombro  
ya con su peso me abrumba.  
¡Cuánto sermon importuno!  
¡Cuánto consejo evangélico!  
¡cuántas penas! Cuanto histérico  
causado por el ayuno.  
Siempre cantando en latin  
ó con mandíbulas flacas  
comiendo las espinacas  
que cuidan en el jardin;  
ó ya para distraccion  
rimar malos villancicos  
ó construir acericos  
y cunitas de algodón.

ELISA. Madre ya, el destino adusto...

PILAR. Pues mira, por bien que cuadre  
ese epíteto de madre,  
es lo que hallo mas injusto;  
porque trae sin querer  
á nuestra imaginacion,

la idea de la mision  
mas santa de la mujer.  
¡Tú si que serás dichosa!  
ya en los bailes, ya viajando  
ó ya por Madrid llevando  
una prole numerosa.

ELISA. Te engañas.

PILAR. Mejor quisiera  
cuidar varios chiquitines  
que estar cantando maitines  
ante una esfigie severa.  
Pero me encuentro cercada  
y de salir no hallo modo.

ELISA. ¿Quién sabe?...

PILAR. Para tí todo  
y para tu amiga nada.

ELISA. Pronto el amargo despecho  
que enojoso te contrista,  
se calmará, si tu vista  
penetrase hasta mi pecho.

PILAR. ¡Qué es lo que dices!

ELISA. Yo escondo  
mi dolor cuanto mas fuerte,  
como los lagos la muerte  
halla en su invariable fondo.

PILAR. ¡Es posible!

ELISA. Y cual la brisa  
anima su borde insano  
al ondular, engalano  
mi pena con mi sonrisa.  
Asi el mundo indiferente  
que no ve la cuita ajena  
mira y dice: agua serena,  
quién siguiera tu corriente.

PILAR. Con dolor tan excesivo  
de curiosidad me abrumas.  
Tal vez...

ELISA. Aunque lo presumas  
no preguntes el motivo.

## ESCENA XIV.

DICHOS, PABLO en el foro.

- PILAR. (No encuentro á mi tio.)  
(Pablo baja lentamente sin que le vean.)
- ELISA. Hablo  
jugando de cosas graves.  
¡Qué loca soy!
- PILAR. Y no sabes  
que os observo á tí y á Pablo...
- ELISA. ¡Pilar!
- PILAR. Soy mudo testigo  
del afan... de la batalla...
- ELISA. En nombre del cielo, calla.
- PILAR. Tu amor...
- ELISA. Morirá conmigo.
- PABLO. No, Elisa.
- ELISA. ¡Cielos! tú aqui...
- PABLO. ¿Por qué tu color se muda?  
estaba escrito sin duda  
que escuchara lo que oí.
- PILAR. No hay duda; tan solo el viento  
tus palabras esparció.  
Te dejo. (Al fin podré yo  
amar sin remordimiento.)

## ESCENA XV.

PABLO, ELISA.

- ELISA. Pilar, detente...
- PABLO. ¿Me pravas  
de tu presencia?
- ELISA. Soñaba...
- PABLO. Yo de nuevo acariciaba  
cien esperanzas cautivas;  
pero si tan loco empeño  
solo ha de causar enojos,  
sigan cerrados mis ojos  
y sea este amor un sueño.

ELISA. Sueño .. mas no por virtud,  
pues confieso que te amaba.  
Cuando para mí empezaba  
la primera juventud...

PABLO. Me amabas...

ELISA. Inquieta y loca;  
pero otra mujer ponía  
un velo ante mi alegría  
y una mordaza en mi boca.

PABLO. ¡Y yo ignoré!...

ELISA. Mi querella  
era inútil... ¿con qué objeto  
revelar?... Yo tu secreto  
guardaba á un tiempo con ella.  
Te marchaste...

PABLO. Harto lo sé.

ELISA. Unido á mis dulces preces  
mi afecto mil y mil veces  
en pos de tus pasos fué...

PABLO. ¡Oh! Elisa, apenas me atrevo  
á mirarte...

ELISA. Te buscó  
por el mundo... te encontró  
y aqui te trajo de nuevo...  
pero ¡ay, Pablo! aunque profundo  
no le fué dado absolverte  
ni del fallo de la suerte  
ni de la opinion del mundo.  
Porque tus hechos se abultan,  
se comentan, se publican,  
y unos tus faltas critican  
y otros tu memoria insultan.

PABLO. Yo haré que con mas respeto  
hablen esos miserables.  
¡Acaso son responsables  
de las faltas que cometo!

ELISA. Sin embargo...

PABLO. No me arguyas;  
pues con las faltas que infieren,  
ó que dan por ciertas, quieren  
hacer mas leves las tuyas.

ELISA. Márchate sin que observar

- el mundo este afecto pueda.  
Márchate. Solo nos queda  
á mí el llanto, á tí la mar.
- PABLO. ¡Y cómo partir ahora  
si despues de tanta lucha  
doy con un ser que me escucha...  
hallo un ángel que me adora!  
¡Cómo partir!... ¡Si en el manto  
del mar he de ver alzarse  
tu mirada y reflejarse  
el torrente de tu llanto!
- ELISA. Que te amo harto lo ve Dios,  
pero mi padre de fijo  
resistirá...
- PABLO. En vez de un hijo  
consentirá en tener dos.
- ELISA. Nunca sabrá comprenderte...  
le conozco... le ofendiste,  
Pablo mio...
- PABLO. Si resiste,  
luchar sabré hasta la muerte.
- ELISA. Deliras...
- PABLO. Aunque te asombre...
- ELISA. Que mi pecho no taladre  
el dolor.
- PABLO. La hija es del padre,  
pero la mujer del hombre.
- ELISA. Ya tu cariño insensato  
me asusta. Una ley mas blanda  
interpongo.
- PABLO. Dios lo manda,  
y yo su precepto acato.
- ELISA. No ves en tu ceguedad  
que se opondrán de mil modos?
- PABLO. Qué me importa. Impondré á todos  
mi inflexible voluntad.
- ELISA. ¡Oh! jamás.
- PABLO. Mi madre un dia  
nos unió en su corazon,  
y solo su oposicion  
hoy desunirnos podria.
- ELISA. Quizá al pesar los motivos...

PABLO. Cuenta mis planes por ciertos,  
porque ha muerto ya, y los muertos  
no se alzan ante los vivos.  
En cambio si un temerario  
se opone... ¡que huya al instante,  
porque el marino mercante  
se convertirá en corsario!

## ESENA XVI.

DICHOS, PILAR y ANGEL.

ANGEL. ¡Soberbio arranque!  
PILAR. ¡Sublime!  
¡arrebataador!

ELISA. ¿Qué es esto?  
PABLO. Se aman tambien.  
ANGEL. Con locura.  
ELISA. ¡Pilar!...  
PILAR. Mi falta confieso,  
pero soy mas disculpable  
desde que sé tu secreto.

ELISA. Ojalá que de mis labios  
no saliera, pues ya veo  
que todo el mundo padece  
desde que se ha descubierto.

ANGEL. Qué disparate, á mis ojos  
tiene usted mucho mas precio.

ELISA. Usted no ve los obstáculos  
que se ofrecen...

ANGEL. Si por cierto;  
mas á hombres como nosotros  
qué puede causarnos miedo.  
Para mí, Pablo es un héroe  
y quiero seguir su ejemplo.

ELISA. Angel...  
ANGEL. El Angel de ayer  
es ahora un Masaniello,  
capaz de hundir en el polvo  
las cadenas de cien pueblos.  
Ya que ha dado usted el grito (Á Pablo.)



que anhelaba mi deseo  
es fuerza que todo el mundo  
apoye el pronunciamiento.  
Se formará sin demora  
una junta de gobierno.  
¡Y ay de aquel que quiera echar  
las reformas por el suelo!

## ESCENA XVII.

DICHOS, DOÑA DÁMASA.

- DÁM.        ¿Las reformas?  
PILAR.                (¡Ay! ¡Dios mio!)  
DÁM.        Las reformas, caballero!  
              ¡Y es usted quien las proclama!  
              Usted el hombre de peso,  
              la novena maravilla  
              y el comerciante modelo.  
ANGEL.       Yo.  
DÁM.        ¡Y confiaba al lobo  
              el inocente cordero!  
PILAR.       Tia...  
DÁM.        ¡Y le decia crédula  
              déle usted sanos consejos!  
ANGEL.       Señora, yo...  
DÁM.        Y el hipócrita,  
              el perjuro era maestro  
              de amor.  
ANGEL.       Si usted quiere oirme...  
DÁM.        Solo es digno de desprecio.  
ANGEL.       Pero si Pilar me ama  
              y Elisa no; si mi afecto  
              los lazos que ata la Iglesia  
              pide á los pies de himeneo;  
              si en fin su sobrina busca  
              hogar en vez de convento...  
DÁM.        Pero señor, ¿dónde estamos?  
              ¡qué pasa! ¿desde qué tiempo  
              se falta á los compromisos,  
              se conciertan casamientos,

- y se desbaratan planes  
y se forman otros nuevos,  
sin pedir á las familias  
apoyo y consentimiento?
- ANGEL. No se enoje usted y observe  
que el suyo estamos pidiendo.
- DÁM. Pues es inútil.
- ANGEL. Señora,  
por el honor de Rioseco.
- DÁM. Déjeme usted en paz.
- ELISA. Deploro  
lo que sucede, mas creo  
que casar á su sobrina  
con Angel, fuera mas cuerdo  
que poner entre los dos  
las rejas de un monasterio.
- DÁM. ¡Tambien tú! no lo creeria  
si no lo estuviera viendo.
- PABLO. Pero si Elisa me ama,  
qué mal ha de haber en ello.
- DÁM. ¡Elisa!!!
- ELISA. ¿Cómo negarlo?
- DÁM. ¡Jesus! la casa está ardiendo  
y nosotros tan tranquilos  
á dos pasos del incendio.  
Don Martin? (Llamando.)
- ELISA. Por Dios, señora,  
no aumente usted el despecho  
de mi padre.
- DÁM. Don Martin?
- ELISA. (Muerta estoy.)
- ANGEL. (Ap. á Pablo.) Rompa usted el fuego.

## ESCENA XVIII.

DICHOS, D. MARTIN baja lentamente, mira á Pablo con aire  
severo, trae una carta en la mano.

MARTIN. ¿Qué ocurre?

DÁM. Que un temerario  
da campo á esperanzas nuevas

y ofrece palmarias pruebas  
de ser un vil incendiario.  
Bullen cien ideas locas,  
el mal las almas fecunda,  
y este rompe la coyunda  
y aquella guarda sus tocas;  
y Elisa quiere cambiar,  
y quiere casarse Pablo,  
y Angel convertido en diablo  
roba del claustro á Pilar,  
de modo que estos amores  
al declararnos la guerra,  
tratan de arrojar por tierra  
nuestros proyectos mejores.

MARTIN. (Á Pablo.) ¡Cómo, tú! El culpable soy,  
(Con dignidad.)  
no debí volverte á ver.

PABLO. Tío...

MARTIN. ¿Qué hicistes ayer?  
responde, lo que haces hoy.

PABLO. Que me juzgue mi conciencia.

MARTIN. No, el mundo.

PABLO. Ya me asombra...

MARTIN. Cubierto estás por la sombra  
de tu pasada existencia.

PABLO. Pero si el amor...

MARTIN. Aparta.

PABLO. No he de poder sincerar...

MARTIN. Una carta fuí á buscar...  
lee sin demora esa carta: (Se la da )

Léela y que sea fecunda  
aunque tu pecho taladre,  
porque la escribió tu madre  
cuando estaba moribunda.

(Momento de silencio. Pablo abre la carta con mano  
trémula.)

PABLO. No sé qué siento en el alma...

Apenas mi pecho alienta.

¡Tan sereno en la tormenta  
y tan cobarde en la calma!

(Leyendo.) «Cuando con hondo dolor  
»contemples mi despedida,

»habré dejado esta vida  
»por otra vida mejor.  
»Perdido en el ancho mar  
»un hijo tengo... Se fué...  
»sollozando le llamé...  
»nunca me quiso escuchar...  
»Sin embargo, cuando niño  
»mi corazón le amó tanto  
»que no ha podido el quebranto  
»dar la muerte á mi cariño:  
»perdónale, pues, por mí,  
»y como hallará desierta  
»su casa, ábrele tu puerta  
»si alguna vez vuelve aquí;  
»mas la boda proyectada  
»entre él y tu hija, espero  
»que se deshaga, no quiero  
»ver á Elisa desgraciada;  
»pues el que olvida animoso  
»tantos afanes prolijos,  
»ni puede amar á sus hijos  
»ni puede ser buen esposo.  
»Que su afligida mirada  
»busque sin cesar, y vea  
»al pie de una triste aldea  
»una madre abandonada;  
»que piense en su escasa suerte,  
»que oiga su voz dolorida,  
»y ya que amargó su vida...  
»que sepa llorar su muerte.»  
(Pablo sollozando.) Si, lloraremos los dos.  
(Momento de silencio.)

MARTIN. Cree que el último consejo,  
es la sombra, es el reflejo  
de la voluntad de Dios.

ELISA. Tu acerbo dolor me espanta.

PABLO. Mi error no tiene disculpa.

(Haciendo un esfuerzo para dominar su pena.)

ELISA. ¡Pablo!...

PABLO. Mi pasada culpa  
entre los dos se levanta.  
Bien dijiste: hay que olvidar

lo que el destino nos veda.  
Desde hoy solo nos queda  
á tí el llanto, á mí la mar.

ANGEL. (Consternado.) Y yo que esperaba ufano ..

PILAR. ¡Otro nuevo cataclismo!

DÁM. Á Burgos mañana mismo. (Á Pilar.)

PABLO. Yo, mañana... al Océano.

**FIN DEL ACTO SEGUNDO.**



---

---

## ACTO TERCERO.

---

Gabinete reducido, dos huecos en el fondo; el uno sin puertas comunica con el interior de la casa, el otro cubierto por una portier; sobre esta puerta se lee »despacho.» En el primer bastidor de la derecha, la puerta del jardín; en el segundo del mismo lado la del cuarto de Elisa. Es de noche. Angel se pasea agitado.

### ESCENA PRIMERA.

ANGEL, despues JUAN.

ANGEL. Desde que la oposicion  
ceder el campo me ordena  
mas y mas crece mi pena,  
mas se aumenta mi pasion. (Pausa.)  
¿Mas por qué sufro mis males  
y á la suerte no resisto?  
¿Cuántos novios se habrán visto  
en circunstancias iguales?  
Mil; y de este purgatorio  
saliera si cual deseo,  
hoy imitara á Romeo  
y mañana á Juan Tenorio.  
Vivos sus hechos estan;

¿por qué temo? Lo importante es que yo vea al instante á Pilar. ¡Qué idea! Juan? (Llamando.) Vive aqui, mas la criada no se expondrá á un compromiso... (Reflexionando.)

JUAN. ¿Llamaba usted?

ANGEL. (Idem.) Es preciso que busque al punto otra entrada... ¿Si este muchacho sabrá?... Sin embargo... Confiarse á él...

JUAN (Como va á casarse el juicio ha perdido ya.)

ANGEL. Escucha.

JUAN. En hablar es tarde.

ANGER. (No hay nadie ) (Mirando hácia el fondo con precaucion.)

JUAN. (Parece un plomo.)

ANGEL. Toma esta propina...

JUAN. Tomo.

ANGEL. Y guárdala al punto.

JUAN. Guardo.

ANGEL. ¿La señora que ha comido en casa... vive?...

JUAN. Allá arriba; (Indicando el segundo.) mas no creo que reciba de noche.

ANGEL. ¿Tú habrás subido?

JUAN. Si, señor; con don Martin.

ANGEL. ¿Por la escalera exterior sin duda?

JUAN. Y por la interior.

ANGEL. ¿Hay otra?

JUAN. La del jardin.

ANGEL. ¿Los vecinos tienen derecho?...

JUAN. Como el amo; ya se sabe, cada uno tiene una llave igual á aquella.

(Indicando una llave que está sobre un secreter.)

ANGEL. (Esto es hecho.)



- JUAN. ¿La quiere usted?  
ANGEL. No he de abrir.  
JUAN. Está bien. (Algo le pasa.)  
ANGEL. Quiero conocer la casa  
en donde voy á vivir.  
JUAN. (¿Para eso tanta propina?...) Al lado hay unos terrenos...  
ANGEL. Márchate.  
JUAN. (Le ocupa menos la casa que la vecina.)

## ESCENA II.

- DICHOS, D. MARTIN. Deja al entrar su sombrero y su baston.  
MARTIN. Buenas noches; ve á llamar á Elisa. (El criado entra en el cuarto de Elisa.)  
ANGEL. (No se qué cara poner.)  
MARTIN. (Paseándose.) (Fuerza es transigir.)  
ANGEL. (Qué nos dirá?)

## ESCENA III.

D. MARTIN, ELISA, ANGEL.

- ELISA. ¿Me llamabas?  
(Momento de pausa.)  
MARTIN. Por mas que haya sido Pablo el que ha traído á esta casa la discordia...  
ANGEL. Usted dispense; Pablo no ha traído nada.  
MARTIN. Déjame acabar...  
ANGEL. Yo he sido...  
MARTIN. Remonto siempre á las causas. Pablo ha debido acordarse de su existencia pasada; no lo ha hecho y de aqui viene cuanto sucede en la casa. No obstante verle he querido antes de que se embarcara.

ANGEL. ¿Se ha marchado ya?

MARTIN. Espera  
en un café de la plaza  
á que le llamen.

ANGEL. El viento  
es tan fuerte...

MARTIN. Si se aplaca,  
su capitán mandará  
que leven al punto el ancla.

ANGEL. (Está en el café.)

ELISA. (¡Esta noche!...)

MARTIN. Con cariñosas palabras  
he querido hacerle entrar  
en una senda acertada.

ELISA. ¿Habrá escuchado?...

MARTIN. No, Elisa.

Su indiferencia sarcástica  
me ha recordado esas rocas,  
que en vano azotan las aguas,  
cuanto mayor es el choque  
mas espantosa es su calma.  
No he podido abandonarle  
sin verter algunas lágrimas.  
Hubiera querido hallar  
en su faz... en su mirada...  
un asomo de ternura,  
de respeto, de confianza;  
y en aquel corazón frío  
y seco, no queda nada.  
En cuanto á tí, también puedo  
decir con razón sobrada: (Á Ángel.)  
«ha muerto el hombre de ayer.»

ANGEL. (Requiescant in pace.) Mala  
es la causa que defendiendo...  
harto lo sé.

ELISA. Y yo conozco  
la gravedad de mi falta,  
mi ligereza, el ridículo  
que en adelante me aguarda...

MARTIN. Pues si tanto conoceis,  
si la conciencia os maltrata,  
por qué no dais al olvido,

esa oposicion bastarda.

Un buen arranque... ¡Callais!

ANGEL. Yo quisiera...

ELISA. Padre...

MARTIN. Basta.

El que feliz vuestras manos  
unió ayer, hoy las separa.

(Momento de pausa.)

Creí que un hombre sin mundo,  
lleno de fé, de esperanza,  
y llevando por blason  
una conciencia sin mancha,  
seria el mejor esposo,  
el mas seguro. ¡Confianza  
imprudente! La experiencia  
seca el corazon, la falta  
de mundo hace mas, pues cubre  
con una locura extraña  
á las virtudes de espinas,  
y á los errores de galas.

Mañana iremos los dos (Á Ángel.)  
á Rioseco.

ANGEL. (Mañana

iré á Burgos.)

MARTIN. Convendrá

que anuncies en una carta...

ANGEL. Está bien. (Si entra en el claustro,  
me marchó al Cairo, á Bengala,  
no sé adónde.)

ELISA. (Que se ha acercado á la puerta del jardin.)

(El viento arrecia,  
esta noche no se embarca.)

## ESCENA IV.

DICHOS, DOÑA DÁMASA, PILAR.

DÁM. Felices noches.

MARTIN. Señora...

ELISA. Pilar...

DÁM. No ha querido irse

- sin venir á despedirse.  
(Pilar y Elisa se sientan.)
- ANGEL. (Triste está mas seductora...  
(Mirando á Pilar.)  
su mirada angelical  
en mi corazon penetra.)
- MARTIN. ¿Y quiere usted?  
(Ha estado con Doña Dámasa )
- DÁM. Una letra  
para su corresponsal.
- MARTIN. Al punto ..
- DÁM. (Deteniéndole.) No corre prisa.  
Ya se habrá restablecido  
el órden, ya habrán pedido  
indulgencia Ángel y Elisa;  
y usted con la rectitud  
que en cuanto hace resalta,  
habrá olvidado una falta  
propia de la juventud.
- MARTIN. Si; pero he visto con pena  
que no puede ser fecunda  
en alegrías, coyunda  
que se convierte en cadena.
- DÁM. ¡Y se vuelve usted atrás!
- PILAR. ¿Ya no te casas? (Con alegría comprimida.)
- MARTIN. Revoco  
lo dispuesto.
- DÁM. ¡Está usted loco!
- ANGEL. Otros lo estan mucho mas.  
(Á doña Dámasa.)
- DÁM. Angel, por Dios, no me irrite...
- ANGEL. Á usted es á quien atañe...
- DÁM. Porque don Martin se engañe  
no es justo que yo le imite.  
¿Imagina usted que debo  
dar pábulo á sus pasiones  
y con rotos eslabones  
formar un enlace nuevo?  
¿Puedo, sin ser importuna  
y mas que importuna inepta,  
decir á su padre: acepta  
una nuera sin fortuna?

- ANGEL. Mi padre...
- DÁM. De ningun modo.
- ANGEL. Pilar...
- DÁM. Calmé su locura.  
Es mi educanda, es mi hechura:  
con eso está dicho todo.  
¿Indica amante desvelo,  
rencor, comprimida pena  
esa mirada serena  
que no se aparta del suelo?
- PILAR. Si prometí... solo fué  
por Elisa... pero ahora...
- ANGEL. ¿Se convence usted, señora?
- DÁM. ¿Qué oigo?
- MARTIN. Déjela usted.
- DÁM. Volvemos á las andadas.
- ELISA. Puesto que mi padre cede...
- PILAR. ¿Quién lo duda? Usted bien puede...
- ANGEL. Fíese usted en miradas.  
No acceder ya... fuera mengua.
- DÁM. La mengua es que sin respeto  
me hable así.
- ANGEL. ¿Pues con qué objeto  
nos ha dado Dios la lengua?
- DÁM. Para poder formular  
palabras de paz.
- ANGEL. Permita...
- DÁM. Es inútil.
- ANGEL. (Queriendo interrogar á Pilar.)  
Señorita...
- DÁM. No se acerque usted á Pilar.
- ANGEL. Que confirme al menos...
- DÁM. Nada.
- ANGEL. ¿Preguntar no he de poder?...  
¡Angel!!
- ANGEL. (Me voy por no hacer  
alguna barrabasada.)

ESCENA V.

DICHOS menos ÁNGEL.

- DÁM.       ¿Y era este el serafín?  
              ¡un tronera! ¡un seductor!
- MARTIN.    Le juzga con tal rigor...
- DÁM.        No me hable usted, don Martín:  
              á la mas sana moral  
              en pró de mi juicio invoco.
- MARTIN.    Corriente; pero está loco  
              por su sobrina.
- DÁM.        No tal.
- ELISA.      Es ingenuo...
- PILAR.      Y lo confiesa...
- MARTIN.    Y usted debe dar oídos...
- DÁM.        Nunca fué á buscar maridos  
              una dama montañesa.
- MARTIN.    El padre de Angel...
- DÁM.        Buscó  
              una fortuna,
- MARTIN.    Pero ante  
              el amor...
- DÁM.        Es comerciante  
              y puede decir que no.  
              En cuanto á Pilar, presiento  
              que por otras relaciones  
              olvidará... ¡hay distracciones  
              tan gratas en un convento!  
              Usted ha de darme albricias,  
              pues con sus tocas espesas  
              será gloria de profesas  
              y dechado de novicias.  
              ¿No es cierto que en el retiro  
              serás otra?
- (Dándola una palmadita en la mejilla.)
- MARTIN.    (¿Y que aun aguarde?  
              ¡Oh! ¡ceguedad!)
- DÁM.        Se hace tarde...
- MARTIN.    Vamos á extender el giro.  
              (Entran en el despacho.)

## ESCENA VI.

ELISA, PILAR.

PILAR. Ya lo ves, por indolencia;  
por vanidad excesiva,  
á un mismo tiempo me priva  
de amor y de independenciam.

ELISA. Igual es nuestra afliccion.

PILAR. Tambien la tuya contemplo...

ELISA. Pues demos las dos ejemplo  
de santa resignacion.

PILAR. No puedo imitarte.

ELISA. Piensa...

PILAR. Qué he de pensar, si á medida  
que estudio mi nueva vida  
mas mi angustia se condensa.  
Mis juveniles deseos  
ven desaparecer, los valles,  
las aldehuelas, las calles,  
los teatros, los paseos,  
el mundo en fin, y cubrirse  
el sol de nubes opacas;  
mis manos ponerse flacas  
y mis mejillas hundirse.  
Luego con loca inquietud  
corro á los claustros desiertos  
para hallar como los muertos  
la calma en el ataud.

ELISA. ¡Oh! vuelve en tí por piedad.

PILAR. Pero no ves que es horrible...

ELISA. Sin duda.

PILAR. Y que es imposible  
vivir en la soledad.

Si yo pudiera impedir...  
de mis proyectos me asusto  
y sin embargo, cuán justo  
es luchar... y resistir.  
La prensa habla...

ELISA. Delíras,

PILAR. Si hemos leído las dos...

- ELISA. Cierto es, mas no des por Dios  
crédito á tales mentiras.
- PILAR. Si sé que una amiga tuya  
en un caso parecido...
- ELISA. Te engañas.
- PILAR. Me han referido...
- ELISA. Que esta digresion concluya.
- PILAR. Y era la pobre una santa:  
mi tia sabe su historia.
- ELISA. No traigas á mi memoria  
un recuerdo que me espanta.  
Pasa con calma los meses  
de tu noviciado. Aun cabe  
compostura: no es tan grave  
el mal mientras no profeses.
- PILAR. ¡Qué infeliz es la mujer!...  
nunca puede luchar sola,  
nunca... y la suerte la inmola.  
Iré á Burgos; ¿qué he de hacer?  
Ya que hemos de separarnos,  
toma...  
(Saca una fotografia de una cartera y se la da.)
- ELISA. Tu retrato.
- PILAR. Si.
- Dame ahora el tuyo, y asi  
costará mas olvidarnos.
- ELISA. Voy; pero te querré mas  
solo porque te destierran.

## ESCENA VII.

PILAR.

Eso dicen al que entierran...  
no te olvidaré jamás.  
Hay que hacer el sacrificio  
y sufrir y tener calma.  
¿Mas por qué no enseña el alma  
el modo de tener juicio?  
¿Por qué si es sábia medida  
aceptar la esclavitud,  
da Dios tanta juventud,



tanta ilusion, tanta vida?  
Cuanto mayor desconsuelo  
se esconde en mi ser reacio,  
mas aire pido al espacio  
y mas libertad al cielo.  
Si Ángel me amara... si fiel  
á lo que juró... no tiene  
corazon... lloro y no viene;  
nada puedo esperar de él.

### ESCENA VIII.

PILAR, ANGEL.

ANGEL. Usted aqui sola y triste.

PILAR. Triste... no, señor.

ANGEL. Sus ojos  
denuncian recientes lágrimas.

PILAR. Cómo ha de ser.

ANGEL. Yo no lloro;  
pero en el fondo del alma  
igual padecer escondo.

PILAR. ¡Ah!

ANGEL. (Suspira. Si no venzo  
de esta hecha soy de corcho.)  
Pero si el caso es tan grave  
¿por qué no acepta el apoyo  
de aquel que solo por ella  
sus compromisos ha roto,  
de aquel que pone á sus pies  
su vida y su patrimonio?

PILAR. Muchas gracias, pero...

ANGEL. Acaso  
desconfia...

PILAR. Mi decoro...

ANGEL. No puede faltarla el hombre  
que desea ser su esposo.  
Diga usted una palabra  
y será libre.—Respondo...

PILAR. ¿Y si algun inconveniente  
se opusiera á nuestros votos?

ANGEL. Lo allanaria... el amor,

que es noble y pundonoroso,  
entre aquellos que le infaman  
sabe levantarse un trono.

(He llegado á ser maestro  
sin saber cuándo ni cómo.)

¡Aun duda usted! ¿por qué el hombre  
no lleva el alma en su rostro?

¿Por qué?...

PILAR. Si no dudo, Angel;  
¿mas qué hacer? ¿cómo me opongo?

ANGEL. Hay mil medios: lo importante  
es que forme usted el propósito  
de no ir á Burgos.

PILAR. Sin duda;  
mas siendo el plazo tan corto...

ANGEL. Lo segundo es que confie  
en mí.

PILAR. (¡Qué apuro!)

ANGEL. Es forzoso  
decidirse, el tiempo vuela.  
De usted depende ya todo.

(Soy un Lobelace.) Vamos,  
Pilar, resuelva usted pronto...

PILAR. Ya que no hay otro remedio...  
Ya que me obligan...

ANGEL. (¡Oh! ¡gozo!)

PILAR. Mas qué proyecto...

ANGEL. Este sitio

es el menos apropósito...

Baje usted á las diez en punto  
al jardin. Sé que la enojo,  
pero hablarnos sin testigos  
podemos allí tan solo.

Si es bueno mi plan lo acepta,  
lo desaprueba si es loco.

En esto estriba su suerte,  
respóndame usted pues oigo...

PILAR. Hablaremos. (Con resolucion.)

## ESCENA IX.

DICHOS, ELISA.

ELISA. El retrato. (Dádoselo á Pilar.)

ANGEL. (Me parece que me porto,  
ahora escribo á Pablo.) (Se sienta y escribe.)

ELISA. Encuentro (Á Pilar.)  
mas alegría en tu rostro.

PILAR. Te engañas. (Bajando los ojos.)

ANGEL. (Escribiendo.) «Venga usted al punto...»

ELISA. (Pensativa.) (Han estado los dos solos.)

ANGEL. (Escribiendo.) «Ocurre un lance imprevisto  
y me hace falta su apoyo.»

(Cierra la carta con rapidez y llama en un timbre.)  
Ahora se la lleva Juan.

ELISA. (No sé lo que en ellos noto,  
pero algo les pasa.)

## ESCENA X.

DICHOS, JUAN.

ANGEL. (Á Juan.) Escucha. (Le habla bajo.)  
Dile que es urgente...

JUAN Corro. (Se marcha.)

## ESCENA XI.

DICHOS, menos JUAN.

ELISA. Pilar, sé franca conmigo.

PILAR. ¿Franca? me llenas de asombro.

ELISA. ¿Angel no te ha dicho?...

PILAR. Nada.

ANGEL. (¡La dicha me vuelve loco!)

## ESCENA XII.

DICHOS, D. MARTIN, DOÑA DÁMASA.

- DÁM. ¿Y no será necesario  
que vuelva?...
- MARTIN. De ningún modo.
- DÁM. Si no bastara la letra...
- MARTIN. La adelantaria fondos  
el corresponsal.
- DÁM. Mil gracias.  
Lo malo es que poco á poco  
se ha hecho tarde y que aun no tengo  
los asientos.
- MARTIN. Si eso es todo,  
dejaremos á Pilar  
arriba... y luego nosotros...
- DÁM. Muy buena idea.
- ANGEL. (¡Famosa!)  
Á sus órdenes me pongo...
- DÁM. Es inútil.
- ELISA. Doña Dámasa... (Abrazándola.)  
Pilar... nos veremos pronto.
- ANGEL. Que lleve usted feliz viaje.  
(Queriendo dar la mano á Pilar.)
- DÁM. Atrás. (Interponiéndose.)
- ANGEL. (¡Y nos deja solos!)
- MARTIN. Vuelvo al punto. Escribe en tanto...  
(Á Angel.)
- ELISA. (Ni una lágrima en sus ojos.)  
(Observando á Pilar.)

## ESCENA XIII.

ÁNGEL, ELISA.

- ANGEL. (Se marcha tan satisfecha...  
y en tanto que vuelven puedo...  
Pilar no conoce el miedo,  
de modo que es cosa hecha.)
- ELISA. (Trataré de averiguar...)

- ¿Va usted á escribir?
- ANGEL. No, Elisa;
- ¿para qué?... No corre prisa,  
tal vez me marche á viajar. (Con énfasis.)
- ELISA. ¿Lejos sin duda?
- ANGEL. Dios sabe,  
por el punto no me aflijo.
- ELISA. ¿Y va usted solo?
- ANGEL. De fijo  
aun no lo sé.
- ELISA. (Esto es grave )  
El hombre es libre, su antojo  
en todos tiempos se acata...
- ANGEL. Sobre todo, si se trata  
que un hombre que tiene arrojó.
- ELISA. Nuestra suerte es mas sombría,  
pues la mujer que comprende  
su deber...
- ANGEL. Eso depende...  
hay mujeres de energia.
- ELISA. (Con intencion.) Mujeres que en un segundo  
pierden consideraciones,  
honor...
- ANGEL. Las grandes pasiones  
tienen por alfombra el mundo.
- ELISA. Aseguro desde luego  
que no piensa asi Pilar.
- ANGEL. Pues yo puedo asegurar  
que tiene un alma de fuego.
- ELISA. Lo sé, pero su talento  
la hace despreciar el crimen.  
¿No es cierto, Angel?
- ANGEL. La oprimen...
- ELISA. ¡Cómo?...
- ANGEL. Aborrece el convento,  
y Pilar no será esclava.
- ELISA. ¿Qué dice usted?
- ANGEL. Yo lo fio.
- ELISA. ¿Pues qué proyecta, Dios mio?  
hable usted, ¿por qué no acaba?...  
Mas qué falta me hace oír  
si su culpa le confunde,

- si su silencio difunde  
lo que no quiere decir.
- ANGEL. Pues bien... si... usted es honrada,  
mas conoce la lealtad  
de mi afecto, por piedad  
sea usted nuestra aliada.  
No hay nadie que nos impida...  
será la obra de un minuto;  
solo ruego, no discuto,  
le deberemos la vida.
- ELISA. ¡Mas comprende usted lo grave?...
- ANGEL. Don Martin no lo sabrá  
hasta despues.  
(Un reloj de torre da á lo lejos las diez.)  
¡Las diez ya!
- ELISA. (Aterrada.) ¡Qué es esto?
- ANGEL. Aquí está la llave.  
(Abre con rapidez la puerta del jardin.)
- ELISA. Angel, por Dios...
- ANGEL. Imposible...  
(Desaparece. Cierra por fuera la puerta del jardin.)

## ESCENA XIV.

ELISA.

Pero cuál es su intencion,  
quizá un rapto, una evasion;  
algun plan inadmisibile.  
Habrá logrado probarla  
que huyendo ambos... ¡Qué agonía!  
la vida entera daría  
por impedir... por salvarla.  
¡Y la infeliz no comprende!...  
Cerrada, ¡lance fatal!  
(Tratando de abrir la puerta del jardin.)  
No dará un paso del cual  
toda su vida depende. (Con resolucion.)  
(Llamando.) Juan? no acude, Juan?  
(Corriendo al foro.)

## ESCENA XV.

ELISA, D. MARTIN paseando en el foro.

MARTIN. ¿Qué pasa?

ELISA. (¡Ah! ¡mi padre!) (Retrocediendo.)

MARTIN. (Asombrado.) ¿Qué te asusta?

ELISA. Yo... (Muy turbada.)

MARTIN. ¿Desde cuándo disgusta  
mi presencia en esta casa!

ELISA. (¡Cómo descubro... y le digo?...) Padre...

MARTIN. No te hallo en tu centro,  
tiemblas.

ELISA. No...

MARTIN. ¿Por qué te encuentro  
tan reservada conmigo?

Ten mas ánimo, mas calma,  
mira que mi afecto insultas  
si de tal modo me ocultas  
lo que escondes en tu alma.  
Pablo volvió aquí de nuevo...

ELISA. No.

MARTIN. En tu franqueza fio.

¿Te escribiste?

ELISA. No, padre mio...

MARTIN. ¿Qué es entonces?...

ELISA. No me atrevo...

MARTIN. Pues el labio que enmudece  
para fomentar la duda,  
es porque guarda sin duda  
un secreto que envilece.

ELISA. ¡Y que tu cariño infiera!  
no te ocultaré un bocablo.

(En el momento en que va á contar á su padre lo  
que sucede, aparece Juan en la puerta del fondo y  
dice con cierto misterio:)

## ESCENA XVI.

DICHOS, JUAN.

JUAN. Ya viene el señor don Pablo. (Juan se marcha.)

## ESCENA XVII.

D. MARTIN, ELISA.

ELISA. (Anotadada.) ¡Ah!

MARTIN. ¡Pablo!... ¡Y yo estaba fuera!

(Mirando con ira comprimida y creciente á Elisa.)

Esa palidez... ¿los dos?...

Habia un plan, plan seguro...

fraguado por él.

ELISA. Te juro...

MARTIN. Conozco á Pablo.

ELISA. Por Dios ..

oye.

MARTIN. Tu desdicha labra.

Si lo debí presumir...

pero su plan he de oír

hasta la última palabra.

De sus infamias despues

podré al menos convencerle.

ELISA. Pero escucha...

MARTIN. Quiero verle

anonadado á mis pies.

Quiero con justa rudeza

decirle, si airado arguye,

asi vive, asi concluye,

el hombre que mal empieza.

ELISA. Padre ..

MARTIN. Siempre que en el mundo

conciencias asi se exprimen

se encuentra que el primer crimen

es escalon del segundo.

ELISA. Pero padre mio, piensa

que mi pecho haces pedazos.

MARTIN. Llegá, prepare sus lazos,



yo preparo mi defensa.

(Entra en el despacho.)

## ESCENA XVIII.

ELISA, D. MARTIN en el despacho, ÁNGEL trayendo de la mano á PILAR. Salen por la puerta del jardin.

ANGEL. Valor. Jugada redonda.

Elisa no nos censura....

ELISA. ¡Yo!

PILAR. ¡Elisa! que mi locura  
tu seno de hermana esconda.

(Se arroja en los brazos de Elisa. Toda esta escena debe ser muy rápida.)

ANGEL. Es necesario .. (Con fuego á Pilar.)

PILAR. Mi honor  
protegerá un casamiento. (Á Elisa.)

ELISA. Calla, infeliz.

ANGEL. (Á Pilar.) ¡El convento!

¡Ah! nuestro libertador.

(Viendo á Pablo. Entra trayendo en la mano la carta que le escribió Angel.)

## ESCENA XIX.

DICHOS, PABLO.

ANGEL. } Pablo. (Rodeándole con ansiedad.)  
PILAR. }

ELISA. (Dios nos favorezca.)

PABLO. ¿Qué significa esta carta?  
¿en qué consiste el espanto  
que se lee en todas las caras?

ANGEL. La conducen á las Huelgas.  
Usted va á levar el ancla,  
recíbanos usted á bordo:  
es nuestra sola esperanza.

PILAR. Mi tia puede volver...  
y ya esta ansiedad me mata.

PABLO. ¡Recibirles en mi buque  
para que tal vez mañana...

Á cada paso que doy  
encuentro una nueva página  
de la historia de mi vida,  
hoja suelta que me espanta!  
¡Niña infeliz! ¡Qué hombre cuerdo  
tendría bastante audacia  
para empañar esa frente  
con una indeleble mancha?  
¡Qué importa que la pureza  
viva en el fondo del alma  
si al alma no la ve el mundo  
y el mundo es el que difama!  
Pero si ella pide...

ANGEL.

PABLO.

¡Pide!...

También una mujer casta,  
y como ella hermosa y pura,  
pedía vertiendo lágrimas  
amor, libertad y espacio  
á un hombre que la escuchaba.  
Diez años hace, el amante  
se mecía en la alborada  
de la vida; la mujer  
á los veinte no llegaba.  
Ni él el mundo conocía  
ni ella el oprobio y la infamia:  
los separaba lá suerte,  
y locos los dos se amaban.  
Pasó un año... al terminarse  
llegó una noche nefasta.  
Santander dormía; el viento  
la escasa luz de una lámpara  
agitaba sin cesar  
con sus invisibles ráfagas;  
un reloj de sobremesa  
igual hora señalaba...  
Pálidos los dos amantes  
y comprimidas las almas  
prestaban atento oído...  
se escuchan por fin pisadas ..  
aparece un marinero  
en una puerta... los llama,  
le siguen, llegan á un buque,

suben temblando la escala  
y el ancho mar los acoge  
entre sus revueltas aguas...  
Desde entonces... ¡cuánto oprobio,  
cuánto insulto, cuántas lágrimas!  
¡qué hacerse ambos responsables  
de su imperdonable falta!  
El amante se avergüenza  
de la mujer deshonrada;  
la que fué pura suspira  
por su madre y por su patria...  
la suerte los abandona,  
la sociedad los maltrata,  
y él pide hambriento y llorando  
proteccion á los que pasan,  
y ella... cubierta de harapos,  
triste, macilenta, flaca,  
sin conservar ya vestigios  
de la belleza pasada,  
en un desvan miserable  
su triste existencia acaba.

PILAR. ¿Y esa mujer?... (Con ansiedad.)

ELISA. Fué mi amiga.

ANGEL. ¿Y usted?... (Á Pablo.)

PABLO. ¿Acaso mi cara  
no está publicando á gritos  
que cometí aquella infamia?

ELISA. ¿No te horroriza esa historia?

PILAR. Morir pobre... abandonada...

PABLO. Y era como usted entonces,  
(Asiéndola una mano.)

y como usted sollozaba...

y su amante la veía

con dulce amorosa calma...

(Mirando á Angel.)

PILAR. ¡Qué horror!

(Ocultándose el rostro entre las manos.)

PABLO. Sin decirle: huye,

aun eres pura y honrada...

huye antes que la vergüenza

pueda enrojecer tu cara...

la virtud te está llamando...

y tu familia te aguarda...

PILAR. Si, si. (Sollozando.)

PABLO. Que el lazo del crimen  
no llegue á unir nuestras almas.

PILAR. ¡Oh! no; jamás.

PABLO. Separémonos  
aunque espiremos mañana.

PILAR. Para siempre. (Á Angel con espanto.)

ANGEL. (Id.) Para siempre.

ELISA. Bravo, Pilar, bravo.

(Queriendo abrazarla.)

PILAR. (Desasiéndose y huyendo por la puerta del jardín.)

¡Aparta!

## ESCENA XX.

DICHOS, menos PILAR. D. MARTIN permanece en la puerta del despacho visiblemente conmovido.

PABLO. Valor, Ángel.

ANGEL. (Cayendo entre los brazos de Pablo.)

Ahora si

que puedo darle las gracias.

(Momento de pausa.)

MARTIN. ¡Y yo le creía muerto!...

y solo elogios merece...

ELISA. Lo que has hecho te engrandece  
y te rehabilita.

ANGEL. Es cierto.

PABLO. (Con profunda amargura.)

Cuando yo de la virtud  
el precio no conocia,  
y en pos del placer corria  
con juvenil inquietud;  
cuando en un mundo ideal  
incorregible buscaba  
lo que entonces no encontraba  
en la existencia real;  
sin comprender mi locura,  
la sociedad inexperta  
abria ante mí la puerta  
de una vida honrada y pura,

y ahora que llena el alma  
de inexplicable agonía,  
mi ser entero daría  
por un momento de calma:  
ahora que la rectitud  
de mis ideas, permite  
que nuevas faltas evite  
y que aprecie la quietud:  
ahora, en fin, que me envanece  
la experiencia bienhechora  
que supe adquirir, ahora  
la sociedad me escarnece;  
me arrebató una familia  
amada, un tranquilo hogar,  
me repite sin cesar:  
ya nada te reconcilia,  
nada de tu fé responde;  
olvida tus patrios lares  
y en el fondo de los mares  
tu eterno dolor esconde.  
Ya de Santander me voy  
para siempre.

MARTIN. Santander  
sabe lo que fuiste ayer  
y yo sé lo que eres hoy.

PABLO. ¿Usted?

MARTIN. Fuí mudo testigo  
de tu acción, no soy de roble,  
y esa acción honrada y noble  
te reconcilia conmigo.

ELISA. Padre!...

MARTIN. (Mirando á Angel.) La dulce quietud  
solo debe causar luto  
á aquel que un primer tributo  
no paga á la juventud.

PABLO. Yo le pagué.

MARTIN. Yo ignoraba  
todo esto por más que asombre,  
y en tí no veía el hombre  
que allá en mi mente buscaba.

PABLO. Señor...

ELISA. Mi afecto le abona.

ANGEL. (Bravo.)

PABLO. Si en este momento  
mi pobre madre...

MARTIN. Presiento  
que ella tambien te perdona.

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, PILAR, DOÑA DÁMASA muy enojada y trayendo  
una carta en la mano.

DÁM. Si tardo un punto en volver  
ya estaba perdido todo!

PILAR. Por piedad... (Queriendo apoderarse de la carta.)

DÁM. De ningun modo,  
aqui mismo se ha de leer.

ANGEL. (Solo esto faltaba ahora.)

DÁM. Queria huir!

PILAR. Mi disculpa...

DÁM. Pablo (Como iluminada por una reflexion súbita.)  
ha tenido la culpa.

PABLO. Siempre acierta esta señora.

DÁM. Vea usted lo que escribia...

MARTIN. Á qué esa carta me muestra,  
si la falta ha sido nuestra.

DÁM. De usted si, pero no mia.

MARTIN. Aquel que ahoga ó comprime  
del alma los nobles gritos  
tan solo engendra delitos.

DÁM. ¿Qué me dice usted!

ANGEL. Sublime.

PABLO. Sin mi acendrada amistad  
corrieran cual nunca sueltos  
por esos mares revueltos  
en busca de libertad.

DÁM. ¡Jesus!

PABLO. Mas yo que importuno  
deshice un proyecto impio  
en nombre de su albedrio  
y de su pasion, los uno.

DÁM. Pero si Angel...

PABLO. Mi intento

- nadie ha de poder variar.  
DÁM. Su padre...  
PABLO. Yo iré á buscar  
si es fuerza el consentimiento.  
ELISA. Las oposiciones todas  
concluyan...  
MARTIN. Como la mía;  
consienta usted, y en un dia  
se celebrarán dos bodas.  
DÁM. ¡Pero se ha vuelto usted loco!  
Señor, qué es lo que estoy viendo?  
PABLO. Ya lo irá usted comprendiendo  
por partes y poco á poco;  
por hoy bástela saber:  
que el destino me perdona,  
que mi buque se estaciona  
para siempre en Santander;  
pues harto de naufragar  
su antiguo valor desmaya;  
de hoy mas, dormiré en la playa  
arrullado por el mar.

FIN DE LA COMEDIA.

---

*Habiendo examinado esta comedia, no hallo  
inconveniente en que su representacion se au-  
torice.*

*Madrid 4 de Marzo de 1865.*

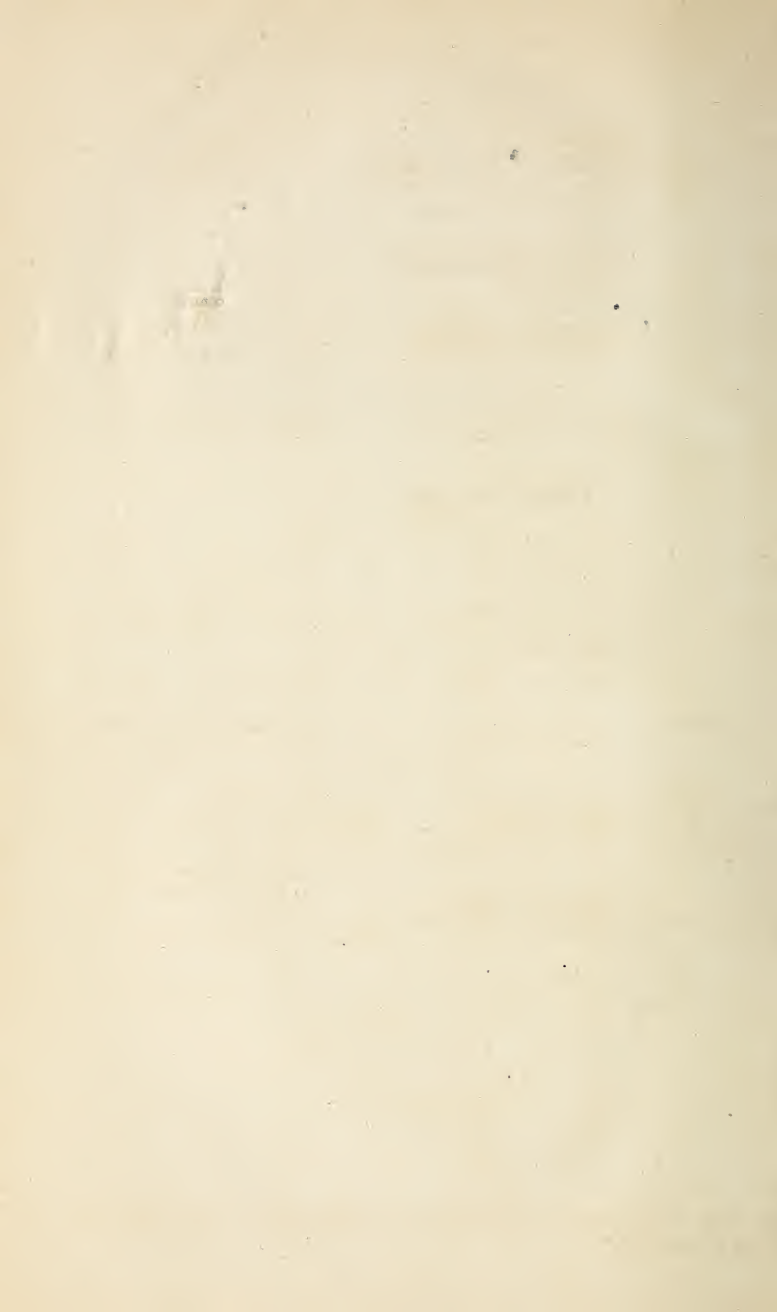
El Censor de Teatros.

NARCISO SERRA.









María.  
en 1818.  
á vista de pájaro  
tre hojuelas.  
s de Polonia.  
ó la Emparedada.

Blanco.  
o se entiende, ó un hom-  
mido.  
contra nobleza.  
do oro lo que reluce.

to de enmienda.  
rio revuelto.  
y por él.  
ridas las de honor, ó el  
ravio del Cid.  
uerta del jardín.  
o caballero es D. Dinero.  
veniales.  
y castigo, ó la conquis-  
Ronda.

avido al Coronell.  
ucho abarca.  
erte la mía!  
s el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.  
Rival y amigo.

Su imagen.  
Se salvó el honor.  
Santo y peana.  
San Isidro (*Patron de Madrid*).  
Sueños de amor y ambicion.  
Sin prueba plena.  
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.  
Traidor, infanoso y mártir.  
Trabajar por cuenta ajena.  
Todos unos.

Un amor á la moda.  
Una conjuración femenina.  
Un domine como hay pocos.  
Un pollito en calzas prietas.  
Un huesped del otro mundo.  
Una venganza leal.  
Una coincidencia alfabética.  
Una noche en blanco

Uno de tantos.  
Un marido en suerte.  
Una leccion reservada.  
Un marido sustituto.  
Una equivocacion.  
Un retrato á quemarropa.  
¡Un Tiberio!  
Un lobo y una raposa.  
Una renta vitalicia.  
Una llave y un sombrero.  
Una mentira inocente.  
Una mujer misteriosa.  
Una leccion de córte.  
Una falta.  
Un paje y un caballero.  
Un si y un no.  
Una lágrima y un beso.  
Una leccion de mundo.  
Una mujer de historia.  
Una herencia completa.  
Un hombre fino.  
Una poetisa y su marido.  
¡Un regicidal!  
Un marido cogido por los cabe-  
llos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la  
Serranía de Ronda.

## ZARZUELAS.

ya y Medoro.  
e buena ley.  
as feo.

ya la Gitana.  
y Marte.  
Flora.

ando.  
riquitá.  
santo, ó el Alcalde pro-

ller.  
ino.  
o de una ópera.  
ero y la maja.  
o del hortelano.  
a y en Marruecos.  
en la ratonera.  
io mono.  
o de carnaval.  
io (drama lirico.)  
llon de la Rioja (*Música*)  
nde de Letorieres.

El mundo á escape.  
El capitán español.  
El corneta.  
El hombre feliz.  
El caballo blanco.  
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música*).  
Jacinto.

La litera del Oidor.  
La noche de ánimas.  
La familia nerviosa, ó el suegro  
omnibus.  
Las bodas de Juanita. (*Música*).  
Los dos flamantes.  
La modista.  
La colegiala.  
Los conspiradores.  
La espada de Bernardo.  
La hija de la Providencia.  
La roca negra.  
La estatua encantada.  
Los jardines del Buen Retiro.  
Loco de amor y en la córte.  
La venta encautada.

La loca de amor, ó las prisiones  
de Edimburgo.  
La Jardinera. (*Música*)  
La toma de Tetuan.  
La cruz del Valle.  
La cruz de los Humeros.  
La Pastora de la Alcarria.  
Los herederos.

Mateo y Matea.  
Moreto. (*Música*).

Nadie se muere hasta que Dios  
quiere.  
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.  
Por sorpresa.  
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.  
Una guerra de familia.  
Un cocinero.  
Un sobrino.  
Un rival del otro mundo.

# PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

## PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena .....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon .....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almeria.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila .....	Lopez.	Murcia.....	Hered.de Andrion
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona .....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz .....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto.de Sta. Maria.	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo..	Tejeda.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toró.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. <sup>a</sup> y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.